



José María Pérez Lozano, *Dios tiene una O*, Madrid 1968, 4ª ed.

Nota para la edición en internet: se ha intentado respetar al máximo el texto tal y como se encuentra en el original impreso. Hemos introducido algunas correcciones de errores tipográficos. También hemos realizado alguna corrección de fondo de lo que creemos pueda haber sido un error en los originales; este segundo tipo de correcciones está acompañado con la palabra que aparecía en la edición cartácea puesta entre corchetes. F.P., Roma, 18-1-2004.

Breve biografía de José María Pérez Lozano (1926-1975)

José María Pérez Lozano nació en Navalmoral de la Mata (Cáceres) en 1926. Fue redactor del diario "Ya" y director de "Cinestudio" y "Temas", así como Presidente del Club EDICA (Editorial Católica) y miembro de la Junta Provincial de Protección de Menores. Fue redactor de "Ecclesia" y "La Actualidad Española"; Redactor Jefe de "Signo", "Incunable" y "Senda". Fundador y Consejero de P.P.C. (Propaganda Popular Cristiana); y fundador y director de "Vida Nueva".

Fundó y dirigió las revistas "Film Ideal", "Temas de Cine", "Libros y Discos" y "Esquemas de Películas".

Escribió y dirigió en Televisión Española los programas "Imagen Club" y "Música 3", así como varios guiones de series de gran audiencia popular.

Profesor de la Escuela de Periodismo de la Iglesia, colaboró en el "Anuario Cristiano" de la B.A.C. y pronunció miles de conferencias por toda España sobre temas sociales, cinematográficos, literarios, familiares y otros.

Entre sus obras destacan "Las Campanas tocan solas", "Dios tiene una O", "Diario de un padre de familia", "Formación Cinematográfica", "Un católico va al cine", "Domund todo el año", "Matrimonio año diez", "Cristianos cada día", "Ventana indiscreta", "Misterio en el planeta rojo", "Crimen a ocho columnas" y "Antiguas leyendas rusas".

Casado con María Luisa Minnocci Salamanca, tuvieron nueve hijos. Falleció en febrero de 1975 de una rápida enfermedad.

PRÓLOGO

Los cristianos tibios, los que sólo rezan en la iglesia, se creen que el Hijo de Dios es una imagen en una hornacina, y que María es una estatua cubierta de larga capa cónica. Algunos cristianos tienen tan peregrina idea de Ellos que no es raro que los sientan distantes. Temo que cuando se les dice que hay que imitar al Hijo de Dios, deben pensar si habrá que subirse, también, a una hornacina.

Bueno; este libro es para ellos. Para quienes el sol les ha secado la hierba íntima, pequeña y humilde de la ternura. Para que los hombres secos encuentren la única razón de este mundo, el Amor y, en él, su seco corazón vuelva a dar fruto.

Éste no es un libro de teología; es un libro de Amor, y el Amor no es equilibrio, sino dar sin medida. Es, pues, un libro apasionado que, si bien conserva un fondo absolutamente ortodoxo, no quiere ser científico. Es casi un libro de cuentos escrito por un padre de familia numerosa, en el mismo estilo en que cuenta cuentos a sus niños.

Me gustaría que al ver a aquel Niño y a su Madre un poco más próximos, al acercarse al misterio de la naturaleza humana en Cristo (la otra, la divina, no sé explicároslo), alguien pudiese amarle más y hasta ser más capaz de imitarle.

Todos hemos añorado, más de una vez, que los Evangelistas nos diesen más noticias del Niño. Ese quinto Evangelio que María guardaba escrito en su corazón. Creemos que el silencio de la Revelación en este punto es intencionado: sólo un Niño y su Madre, viviendo día tras día en un pueblecito judío. Yo he querido bucear en ese silencio sin más fuentes que mi experimentada ternura de padre y mi amor por Dios Niño y por la Madre. No se me pongan, pues, demasiados razonamientos. A la manera de un evangelio apócrifo, yo he inventado la exquisita leyenda de una intimidad que no hemos conocido y que nos morimos por conocer. Lo cotidiano de Ellos. También con intención, quedan las alusiones incongruentes y absurdas a temas próximos, la superación del tiempo (tranvías o autobuses por las calles de Nazareth como un símbolo de que ese tiempo no existe), no es nada; como un símbolo de la eternidad de Ellos. El Niño nació el año I de nuestra Era; pero si hubiese nacido hoy, en esta Palestina dividida, las cosas serían lo mismo, y la misma ternura habría en los ojos de la Madre y el mismo Fin (¿pero no fue un Principio?) esperaría al Hijo del Carpintero.

También está el humor, desesperada aproximación humana a la Alegría, la desconocida Alegría que no es de este mundo, como Él, porque la Alegría es Él. También la ironía, a veces, nunca desgarrada ni ácida, sino sólo expresión de una melancolía: la de saber que Él está entre nosotros y nosotros no lo conocemos. Y lo que pueda haber de poesía, Ellos mismos la ponen, con sólo su presencia, con sólo su diálogo de miradas. No estorba aclarar, frente a un libro de esta clase, que el autor es católico, apostólico, romano, y que nunca los

juicios aquí vertidos quieren separarse de los juicios de nuestra segunda Madre, la Iglesia.

¿Y qué más?

Bueno, nada. Adiós. Que Madre os guarde, Madre que también tiene una O. Porque Ella es así, misteriosamente cerrada en torno al Niño y a todos los hombres niños.

Madrid, día de San Miguel Arcángel de 1957.

OBERTURA

LA D con la I, DI.

La O con la S, OS. DI-OS.

Dios tiene una O.

Dios tiene una D. Una I. Una S. Pero, sobre todo, tiene una O.

La O de Dios es como la boca redonda, fresca y rezumante de un pozo. Húmeda y verdinegra, gloriosa y vegetal, herbal y mística.

La Fuente de Aguas Vivas no es fuente, sino pozo de brocal redondo, lunar, misterioso y maduro. Dios madura en la O cerrada y manzanal de su propio nombre. Dios anida en el amplio círculo de su lejanía.

Dios tiene una O. La O de Dios es el asombro de Sí mismo. De su Belleza, de su Hermosura, de su Sabiduría, de su Grandeza, de su Perfección absoluta y trugal.

¡Qué cosa! ¿Por qué será que casi todas las palabras bellas tienen una O? Dios tiene una O. Hijo tiene una O. Amor tiene una O. Cielo tiene una O.

La O de Dios es el secreto de su divinidad. Dios es redondo. Se abre y se cierra en sí mismo. Gira eternamente con el ritmo de una peonza y eternamente está en la misma postura. No tiene comienzo ni fin. Como la O.

Jesús fue Niño. Niño tiene una O. La primera O de Jesús fue un aro de madera de castaño - ay, qué olor a bosque, a pradera, a helechos y a sombra-, que le hizo José con las ruinas de un tonel o tal vez la inservible rueda de un carrito romano.

Jesús iba, qué risa, dándole a la O de su aro -aro tiene una O- con un palito, quizá el cetro del mundo, quizá una misteriosa flauta para encantar ángeles, que le hizo José con el más erguido cedro del Líbano.

La O de Dios es una gloria y sabe a flan. (Gloria tiene una O). Es redonda como el asombro de un niño, que pone la boquita así, entreabierta, en círculo, para decirnos cuánto asombro, cuánto sueño, cuánta hambre, cuánta sed, cuánto amor tiene en su corazón. (Corazón tiene una O).

La redondez de Dios es frutal y jugosa. Tiene el extasiado temblor de una cosecha. (Cosecha tiene una O). La O de Dios se llueve húmedamente y juega con arroyitos de Luna en el inmenso circo de sí mismo. Es como si un ángel torease a la eternidad puntiaguda y fría de los astros. Del sol que es, que tiene, una O.

DI-OS.

Nosotros queremos cantar con muchísima alegría, con muchísimo contento, y con

poquísimas pesetas, la O de Dios. Nada más, no aspiramos a nada más. Otros le cantarán por Grande, por Bello, por Sabio, por Absoluto. Nosotros le vamos a cantar por aquello que casi nadie ha percibido. Caramba, sólo porque tiene una O.

La O de Dios está en los ojos de los niños, que son redondos y garzos, azules, amarillos y violetas. Los ojos rubios de los niños suaves rebosan la ternura de Dios. Los niños van por la vida como los gallos por los bardales o los gorriones en los surcos, a saltitos, cantando y asombrantes. ¡Qué bien se lo pasan los niños con la O inmensa de sus ojitos preciosos!

Bueno.

Nosotros vamos a cantar la O de Dios porque estamos soñantes con el Niño-Jesús, ¡qué risa!, dándole a su aro, colina abajo. La hierba, bajo los pies del Niño, se ponía tiernísima y le besaba las plantas de los pies. Huy, qué locura de carne apretadiza y crujiente, como el buen pan de hogaza, candeal y redondo.

(Pan es una O).

Dios se pasea a Sí mismo en el rueda de su perfección. Y nosotros le vemos maravilloso, vestido de gala, con gran algazara de ángeles con platillos, trompetas, pitos y flautas -todo redondo-, con lujoso acompañamiento de querubines vestidos con guante blanco, como guardias municipales de gala. Nosotros le vemos a través de la O, que es el agujerico de una cerradura.

Porque, la verdad, nosotros creemos que a Dios se [no] puede llegar, devota, muy humilde, filialmente, por el redondo pasillo de la O.

COMO NIÑOS

Hermanos:

Os digo que los hombres somos como niños. Os digo que tenemos el miedo de los niños, la debilidad de los niños, la soledad de los niños.

Os digo que es bueno que seamos niños y que a Dios le llamemos Padre que es la palabra que nos refugia.

Os digo que es bueno correr a Él y sentir su ancha mano protectora sobre nosotros.

Ahora, estos días, cuando el pasmo nos niega las palabras, cuando nos asombra que Dios también sea como Niño, y en el tierno juego de la Nochebuena se nos ponga en nuestras manos.

Os digo que éste es un grandísimo Misterio en el que madura el corazón del hombre.

Cuando penséis en la honda teología de Belén, que os llegue también la ternura del Niño llamado Jesús.

CARTAS DE JOSÉ A SU NOVIA

I. CARTA DEL DESCUBRIMIENTO

María:

Tal vez ni sepas quién soy. Bueno, seguro que no lo sabes. ¿Cómo vas a fijarte tú en José el carpintero? Ese soy yo. Hijo de carpinteros, nieto de carpinteros. Si alguna vez tengo un

hijo, será carpintero como yo. Trabajaré en la madera. La carpintería, ¿sabes?, huele como un bosque en primavera, con los troncos serrados y su savia al aire. Huele a resina y a flor de brezo.

Tengo mi pequeño taller en la calle de Samuel, el ciego. Cuando estaba el otro día martilleando, te vi pasar. Ibas con tu velo recogido sobre el rostro, tu andar pequeño, tus ojos recatados. A pesar del velo vi un momento tu rostro, cuando el viento ondeó la seda. ¡Hasta me di con el martillo en el dedo, así de extasiado quedé ante tu hermosura!

Salí a la puerta con el martillo en la mano todavía. Te vi alejarte hacia la fuente. Samuel, qué cosa, ¡si es ciego!, me dijo:

-Es María, la hija de Ana.

¿Cómo sabía él, si sus ojos están siempre en noche? Sentí que no eran la carne ni la sangre quienes hicieron saber a Samuel que tú eras tú.

Volví a mi tarea y ya estuve todo el día pensando en ti. Mi corazón me repetía siempre:

-Ella es.

¿Quién eres tú? Ya sé. Aunque tengo algunos años más que tú, sé quién es Ana, tu madre, que en paz descanse. Y te he visto jugar con otras niñas. Te he visto crecer. Pero hasta hoy no me había dado cuenta de ti. Como si Yahvé te hubiera señalado con el dedo. ¿Era de Él la voz que me gritaba desde el corazón «Ella es»?

Desde aquel día he buscado cien pretextos para pasar por tu calle. Que si llevar la mesa a Ezequiel -y ya ves, vive al otro lado de Nazareth-, que si ir a la sinagoga -que tampoco cae por tu casa-. Casi siempre te he oído cantar, allá dentro de la casa, o hablar con las palomas en tu patio, o reír. Cuando te oía me gustaba marcharme solo por el monte hacia los bosques de Eleazar. Andando con los ojos cerrados para no perder el timbre de tu voz. En el silencio del bosque tu recuerdo me duraba mucho más, como si aún te oyera.

Luego te he visto también en la sinagoga. Temí que me quitases la devoción al pensar en ti, pero es curioso que me haya pasado lo contrario. Al saberte bajo el mismo techo, mi oración era más intensa, más pura, más nueva. Mi oración era como un diálogo con Yahvé en el que una tercera voz, la tuya, estuviese presente.

Hoy, al pasar por tu calle, te dejaré esta nota bajo tu puerta. Ya sé que no debo hacerlo y, sin embargo, lo haré, porque la Voz de mi corazón me lo dice: «Sí, hazlo».

Que la gracia de Yahvé sea contigo.

José

II. CARTA PARA DARTE GRACIAS

María:

Gracias por no enfadarte por mi carta. Supe que era así cuando ayer, al salir del templo, te vi sonreír tímidamente bajo el velo. Y cuando avanzaste hacia mí y dijiste:

-Buenos días, José.

Nada pudo darme más alegría. Ni siquiera el encargo que me ha hecho Tobías «el Rico»: todos los muebles de su casa nueva. Al escuchar tu voz, sentí vergüenza de mí mismo. De mi aspecto rudo, de mis brazos demasiado fuertes, de mis manos ásperas y callosas. Desde el puentecillo me miré en el río y me vi. Tosco. ¿Cómo puede un pájaro detenerse sobre una pita?

Te escribo de nuevo para decirte «gracias». Pienso pedir permiso a los tuyos para hablar contigo, si a ti te parece bien. Me gustaría oírte hablar y yo no decir nada, estarme quieto, con los ojos cerrados, sintiendo la música de ti llenando mi espíritu de una fragancia que no

es de este mundo. Me gustaría hacerte una arqueta labrada y que tú estuvieses dentro, guardada de la maldad de este mundo. Pero luego pienso que sería egoísta si te impidiera darte a los demás. Presiento que tú tendrás mucho que dar siempre a los demás y que quizá generaciones enteras evoquen tu presencia, tu gracia, el principio de armonía que viene de ti.

Sé, incluso, que debe haber un misterio en tu belleza. Tú belleza, María, no es de este mundo. No es para este mundo. ¿O sí lo es? Pero yo sé que los hombres nacen manchados por el pecado, por el origen del paraíso perdido, y presiento como si tú hubieses nacido de otro modo, como si nada de este mundo pudiera tocarte, como si Yahvé hubiese levantado la barrera para ti y sólo para ti. Tu belleza, María, nos viene de adentro de ti misma, de una pureza que los hombres no podemos comprender.

Yo siento que mi vida ha de ir unida a la tuya. Samuel se ha reído de mí:

-José, ¿y quién eres tú? ¿No ves que ella es Ella?

A pesar de todo: No me engaña la Voz, cuando estoy en la sinagoga, y siento como si mirarte no fuese una irreverencia, sino una manera de orar.

Que Yahvé te guarde.

José

III. CARTA SOBRE EL AMOR

María:

Hoy, cuando he vuelto a casa, tenía ganas de ponerme a cantar. Ya estaba anochecido y las estrellas miraban desde lo alto. El cielo estaba lleno de rayas que unían las estrellas y todas ponían tu nombre: «María». Las gentes se han retirado temprano a sus hogares y las calles estaban desiertas. ¿Te imaginas yo dando voces de alegría por las callecitas?

-Mi alma suspira por los atrios del Señor...

Todos los perros de Nazareth ladrarían asustados.

Sí, María, la noche estaba llena de gritos contenidos, de perfume, de presentimiento de amanecer, de destellos misteriosos en los zarzales, de la luz estañada de la luna, de una serenidad que me llegaba muy desde lo alto. Mis pasos sonaban fuertes sobre las piedras de las calles. Quise salir hacia los bosques de Eleazar. Y allí comprendí.

El amor, María, es como el viento de una tempestad extraña. Capaz de levantarlo a uno desde el suelo, y, sin embargo, uno puede volar suavemente sobre las cosas. Yo he sentido mi amor por ti, María, más allá incluso de los latidos del corazón humano. He sentido crecerme en el fondo como un misterioso contacto con Yahvé, como si mi espíritu se pusiera a latir igual que el Espíritu, y de ambos latidos naciera uno solo. ¿Será esto, acaso, la coincidencia del hombre con Dios? ¿Será así el Amor?

Siento que he despertado. Al mundo, pero sobre todo a Yahvé. Desde ahora las cosas no serán iguales para mí. Tendré que ver a Yahvé en todas las cosas, porque le veo en ti, porque está en tus ojos y en la música de tu voz. Siento que debo abrir el corazón a un amor cada vez más amplio. Que debo amar a las cosas. A estos árboles hermosos en el bosque, como hermosos en mi taller derrumbados. Amor a los pájaros y a las hormigas, al cielo y al río, al mar lejano que nunca he visto, a los vecinos que sonrían cuando paso y a los que me miran hoscamente, aunque nada les hice; al calor y al frío, a los hombres desconocidos que pueblan otras naciones remotas, y a la pequeña hierba que crece despacio y humilde.

Quisiera decir a Yahvé:

-He amado, Señor, la hermosura de tu casa.

¿No es ésta la casa de Yahvé?

Veo que el Amor es así. Darse. Renunciar a sí mismo. Llenar el corazón hasta rebosarlo de entrega. Buscar en lo grande y en lo pequeño. Adivinar. Anticiparse. Decir siempre que sí. Esta noche, en el bosque, he sentido los ritmos del mundo. He visto que es el Amor, no el odio, quien dirige los pasos de los hombres. He vuelto a creer en ellos, porque tú, María, estás entre ellos. Y hasta creo que puedo empezar a comprender a Yahvé. No es que pueda comprenderle a Él. Pero puedo comprenderle a ti que vienes de Él, que le tienes a Él en tu corazón.

Esta noche, entre los cedros y los abetos, he comprendido que hay una medida pequeña del Amor, una medida para nuestro querer humano: la ternura. Siento que la ternura es una sencilla manera de que amemos los hombres corrientes, los que quizá no seamos capaces de sentir, en plenitud, arrolladoramente, la grandeza tremenda del Amor de Yahvé.

Ya ves. Incluso he pensado mucho -no sé por qué- en el Mesías, el que nuestro pueblo espera. No sé. Los ancianos creen que será un guerrero maravilloso, un gran héroe que salvará a nuestro país de la opresión romana. Pues yo he sentido que no tiene que ser así. Que no ha de traer el odio entre el hombre y el hombre, sino el Amor. La esperanza, María, hace libre esta noche mi corazón.

Que Yahvé te proteja.

José

IV. CARTA SOBRE LA ANGUSTIA

María:

Creo que podemos arreglarnos con mi casa. Ya sabes que vivo solo y la casa es amplia. Tiene tres estancias hermosas, con ventanas al sol, y el taller, y la cocina, y el patio. Cuando estemos desposados, tú tendrás flores en el patio. Ahora está abandonado y de cualquier manera. Allí dejo virutas de madera para la cocina de mis primos, y astillas, y hasta trozos de madera, de esos que tienen nudos y no sirven para carpintear. Tú harás que ese patio sea como un pequeño santuario, un rincón para el silencio, con el pozo en el centro para que tengas un espejo hondo y para ti sola.

Ayer te reías de mí. Sí, María, siento oscuros temores en el corazón. Te veo muy cercana a mí y, sin embargo, muy distante. Me duele algo, adentro, sin que sepa qué es. No es el Enemigo, porque tengo dado mi corazón a Yahvé desde siempre. Es como un miedo a ser hombre como los demás, como un deseo de ser ángel, como un presentimiento de que Yahvé tira de mí, y no sé para qué. He orado mucho. He pedido intensamente a Yahvé que me dé la luz. Aunque siempre estás unida a mi oración, pídele tú que Él rompa mis temores y me enseñe a decir que sí.

Que Yahvé vele sobre tu cabeza.

José

V. CARTA SOBRE LA FE

María:

Creo que tu oración -mejor dicho, lo sé- ha dado fruto. Ya sé, aun sin saberlo, lo que Yahvé quiere de mí. Sí, eso mismo que tú presientes. Sé que Yahvé quiere que deje de ser hombre y que lo sea al mismo tiempo. Sé que quiere de mí cosas tremendas. Ya lo ves. Yo soy un hombre como otro cualquiera. Tengo músculos, sangre, corazón, nervios. No dejaré nunca

de ser hombre. Sé que llegarán días en que Yahvé me pedirá cosas, cosas difíciles. Y sé que diré que sí. Intuyo horas en que el corazón se me rebele, y haya lágrimas en mis ojos secos, y el corazón se me seque con un fuego como aquel que ardía en la zarza de Moisés. Pero diré que sí. Vendrá un dolor agudo, un dolor lacerante, una niebla a mi mente, y no podré gritar porque Dios se habrá llevado mis gritos en su aljaba. Y diré que sí. Vendrá una sospecha amarga y lastimosamente humana, dudaré de las cosas, tendré mi espíritu desconcertado y miraré a lo Alto con súplica sobrehumana. Y Yahvé me dará consuelo porque diré que sí.

Siento que se me pedirá lo que a ningún hombre se le pedirá nunca. Sé que debo vivir para algo que presiento, para algo hermoso y difícil, algo heroico. ¿Por qué he sido elegido yo, precisamente, un carpintero humilde? Yo no puedo entender la Inteligencia de Yahvé. Yo soy sólo un hombre.

Pero la fuerza me vendrá. Debo superar mi condición de hombre, y pienso que el Amor es esto, y no ser solamente hombre como creen los demás. Sé que el Amor es sacrificio, y yo estaré como cordero dócil para ser entregado a los sacerdotes.

Sé que estoy en los planes de Yahvé. Siento que tú estás en ellos, como un centro, y que yo debo ser un árbol fuerte, con muchas hojas y sombra. Sé que debo ser árbol y estar al lado del camino sin caminar nunca, quieto siempre, con mis brazos extendidos para que en ellos aniden los pájaros, y para que junto a mi tronco estés tú. Éste es el sueño que he tenido esta noche. Había un Niño contigo y yo era el Árbol. Un Árbol que hablaba, pero que sólo podía ser Árbol, y me he despertado con una gran alegría de ser sólo Árbol. De que se me pida esto.

Sigo sin entender nada. Sigo sabiendo que vendrán las horas ácidas. Pero diré que sí. Que Yahvé tenga sus dedos en tus párpados.

José

VI. CARTA DE LA ACEPTACIÓN

María:

La prueba llegó. Y Yahvé me mandó la fuerza y las palabras para resistirla. Estos últimos días han sido de una angustia mortal, desde que supe tu gravidez. Te digo, ante Yahvé, que jamás pude albergar la menor duda sobre ti. Pero este Misterio, María, era demasiado grande para un hombre. No me era posible comprender nada y hasta te confieso que pensé en huir, lejos, a cualquier lugar donde buscar, en paz y en silencio de soledad, alguna explicación razonable. Mas anoche me llegó la voz de Yahvé mientras dormía. Un Ángel vino en mi sueño:

-José, hijo de David -me dijo-, no temas recibir a María, tu mujer, pues lo concebido en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un Hijo y le llamarás Jesús, porque Él salvará de los pecados a su pueblo.

Cuando desperté, vino a mi recuerdo el anuncio del profeta que tantas veces hemos leído en la sinagoga «Ved que la Virgen concebirá y dará a luz un Hijo, y le llamarán Enmanuel, que significa “Dios con nosotros”».

María: he dicho tu palabra, «hágase». Todas mis dudas y angustias están lejanas, porque Yahvé ha empezado a pedirme las cosas difíciles. Y veo que son fáciles para mí. ¿Es esto la gracia? ¿Es la gracia esta fuerza que llena mi corazón de alegría por sentirme cooperando en los misteriosos planes de Yahvé? A la angustia pasada ha sucedido una gran paz, un gran gozo: el de saberme cumpliendo la voluntad de Dios. Pienso, María, que de estas

cosas tomarán ejemplo los hombres en los siglos que vengan. Y yo, primer hombre que conoce el Misterio, ya he empezado a amar a este Niño que he de tomar como un hijo, por el que velaré todos los días de mi vida. Sobre Él y sobre ti, seré aquel Árbol de que te hablaba. Ya siento esta gracia gravitando sobre mi corazón. Me llega algo de tu felicidad, y la compartiré contigo, como compartiré mi casa. Sé que se pide de mí, para vosotros, un amor devoto y de rodillas. Y soy feliz de que Yahvé me permita estar con vosotros, vivir a vuestro lado y gozar de vuestra presencia. Este es, lo sé, el gran premio que Yahvé me guardaba.

Ahora, fíjate, me gustaría salir a la calle y dar grandes voces de alegría. Quisiera que los ángeles volteasen sus campanas y anunciaran a gritos este gozo mío. Quisiera que las olas del mar dijese con gran rumor:

-Jesús y María, Jesús y María, Jesús y María...

Porque vuestros nombres, Esposa, tienen mi corazón enloquecido de gratitud a Yahvé.

La voluntad de Yahvé sobre ti.

José

VII. CARTA SOBRE LA ESPERA

María:

La casa está ya dispuesta para ti. He pintado las paredes de blanco, he hecho una mesa nueva, y artesas, y las ventanas. Compré seis odres en el mercado, y hasta he cambiado la garrucha del pozo, porque la otra chirriaba demasiado y puede despertar al Niño cuando duerma.

¿Cómo será, María? ¿Tendrá el pelo oscuro y profundo, como tú? ¿O le brillará con el dorado tono del trigo? Me gustaría verle, saber cómo serán sus ojos, y cómo hablará, y coger sus manitas y tenerlo en mis brazos. ¿Le molestará mi barba? ¿Tú crees que nuestra casa será bastante buena para Él? Como jugará en el patio, ya estoy quitando todos los guijarros, y los clavos que había caídos, no sea que se haga daño con ellos. Para cuando se tenga de pie y quiera caminar, pienso hacerle unas andaderas y pintárselas de azul, que es el color que te gusta a ti.

¿Digo tonterías? Es que no sabes qué impaciencia, qué deseo tan grandísimo de que esté entre nosotros.

Le enseñaré a ser carpintero, en tanto Yahvé no mande otra cosa. Manejará la sierra y el cepillo con vigor y con gracia. Y será aún mejor carpintero que mi padre y que yo.

Te prometo que estaré vigilante día y noche. Que atenderé a su sueño. Que me anticiparé a sus deseos. Que viviré pendiente de sus ojos y sus manos. Yo no quiero nada para mí. Ni volveré a pedir para mí ninguna cosa a Yahvé. Sólo para Él y para ti. Sólo que viváis en paz y que yo tenga fuerzas para sacar adelante nuestra familia.

Yo sé que esto es amor.

Yahvé sea contigo.

José

VIII. CARTA DE LA MADUREZ

María:

Toda mi vida anterior, lo sé ahora, ha sido una preparación para este momento. Mañana, cuando ya estemos juntos en nuestro hogar y yo escuche tus canciones, mientras coses,

desde mi taller, estaré sintiendo cómo Yahvé condujo todas las cosas de modo tan maravilloso. Él hizo de mí lo que soy. Me preservó del mal y quiso que me llamaran el Justo, aunque yo me veo sólo como un hombre sencillo que quiere ser bueno, y no he de juzgarme a mí mismo, sino tan sólo pedirle a Yahvé misericordia cuando Él me juzgue. Él quiso que yo fuese sano y joven para ser fuerte junto a vosotros. Él quiso que aprendiese un oficio humilde y que sea pobre, porque el que borre los pecados del mundo no podría nacer en un palacio tan grande como los de Jerusalén. Siento en mí la bondad con que Yahvé ha preparado los caminos de Jesús.

Voy a ser el primer hombre, María, en decirte «gracias». Te las dirán muchas generaciones, hasta el fin de los tiempos; aunque yo no sé exactamente por qué, pero Yahvé me deja llegar al umbral mismo donde las cosas se vislumbran aunque no se vean. Gracias a Él también por esto. Por esta sabiduría que me nace, como si yo mismo hubiese madurado para este momento. Creo que el esposo ha de ser así, un hombre que madure con la gracia del amor. Un hombre que adquiera serenidad para juzgar y para ver las cosas, comprensión para todo, generosidad para darse enteramente a los suyos, sonrisa para las preocupaciones de cada día. Bien sé que soy trigo que Dios ha dejado crecer, y que el sol de la Providencia me ha ido madurando, y ahora ya estoy dispuesto para dar el fruto que se me pide.

Algún día, quizá, alguien pensará en mí. Alguien que no comprenderá cómo yo he elegido la mejor parte, y que las renunciaciones son tan insignificantes a cambio de esta gran plenitud que Yahvé me ha concedido al dejarme ser tu esposo y su padre a los ojos de los hombres. Los hijos no nacen como ellos creen. Los hijos nacen de pedirlos y de aceptarlos. Pero éste será un misterio que los hombres no entenderán sin la ayuda de Yahvé.

Mañana, María... Mañana estarás en casa. Esperaremos a tu hijo -¿me dejas decir «nuestro hijo», si yo voy a quererlo así?- con espíritu recogido y emoción creciente. Mañana, María, estaréis en casa.

Todas las bendiciones de Yahvé para ti.

José

POEMAS EN O SOSTENIDA MAYOR

MARÍA DE LA O

Cierra tus ojos, Señora, para escuchar mejor el misterio de la Vida que late en tu corazón. Cierra tus ojos para poner el reloj de tus latidos con ese otro palpitar interno, en tu seno. Cierra los ojos para no escuchar las disputas mezquinas de los hombres.

-Yo...

-Yo...

-Yo...

Para que tu eco les devuelva extrañamente la respuesta.

-Él...

-Él...

-Él...

Los hombres, pobres, creemos que está fuera la hermosura de la mañana, y que las cosas son bonitas porque sí. Pero tu expectación nos dice que la Hermosura es este latido pequeño de hierba que te germina.

Cierra los ojos, Señora, para sentir el peso que gravita sobre tus labios, porque he aquí que el prodigio del Génesis se repite y el Padre crea otra vez la Vida de la nada.

Déjame, Señora, que me sienta contigo, a la puerta soleada, junto al polvo regado de tu acera, para estar contigo en tu expectación. Para ver que nuestra vida ha de ser una expectación de la gran alegría de tu alumbramiento, mejor aún, de nuestro deslumbramiento. Déjame estar contigo para saber cómo nace la flor y cómo se hace. Cómo los pétalos rodean la O gloriosa de tu corola. Porque este Hijo va a poner más hermosura en tu rostro.

Pero no cierres tanto tus ojos, Señora, que dejes de vernos, que dejes de alumbrarnos a nosotros. Tú eres el amanecer de la luz, porque la Luz no ha de llegar de repente, sino que llegará advertida por tu aurora.

Señora, cuando el corazón te repique en el pecho; cuando las manos se te vuelvan con las palmas hacia arriba; cuando el rostro se te desencaje hacia la esperanza; cuando cierres los ojos para la oración del parto, piensa en nosotros, Señora; en los míos, y en mis amigos, y en mí; y haz que el Misterio sea para todos como una flor abierta: la extraña O de Dios.

CUENTO Y OFRENDA PARA UN NIÑO CERCANO

Esto era una vez una vez... No, no. Empezaré de nuevo. Ésta fue la vez. El tiempo, desde entonces, se dividió en dos como las alas de un tejado. Antes y después. La Vez fue como la piedra en el agua, y nosotros, hombres, ondas concéntricas, unas muy alejadas y otras muy cerquita de la Vez.

El Hombre y la Mujer se pusieron en camino porque el Ministro dijo que había que apuntarse todos, para que el Rey de Roma supiese cuántos eran y cómo se llamaba Ezequiel de segundo apellido. El Hombre y la Mujer fueron dóciles a la Ley, aunque bien pudieron decir que ellos tenían dispensa. Pero fueron a apuntarse a su pueblo, y un señor que no se llamaba García les tomó las huellas digitales.

-¡Pam, pam! -en un mesón.

-¡Pam, pam! -en una casa de huéspedes.

-¡Pam, pam! -en otra casa que no era de huéspedes.

Plano general del Hombre y la Mujer caminando pesadamente. Primer plano de una casa cuyas luces se apagan. Primer plano del frío. Primer plano de la expectación.

Y, refugiados en un pesebre, el Verbo se hizo carne. La esperanza tuvo sentido. La palabra fue vida. La gente fue hombre. La mujer tuvo sonrisa. En el redondo circo del mundo, todos los niños aplaudieron. La Historia, desde entonces, tuvo dos vertientes y, además, destino. Porque era la Vez.

Vinieron pastores y Reyes, avisados por ángeles de servicio: «No temáis», habían dicho. Porque, hasta entonces, ver un ángel daba susto y una claridad, en la noche, era sólo un relámpago. Los hombres que creyeron no temieron, y su corazón fue fuerte, y pudieron ver la Luz sin quedarse ciegos.

Entre el Hombre y la Mujer, el Niño. Ya, para siempre. Entre el Hombre y la Mujer. Desde entonces, no hay caos. La Armonía del mundo está en cada flauta. La Melodía tiene fondo. La Música es un encuentro entre el Llanto y la Nada. Desde que aquella Noche, la Vez, hubo un Niño.

Venid. Llevemos al Niño el cansancio y la fe, las cuartillas y el martillo, la hoz y las panderetas, el dólar y el rublo, la risa y la rosa. Llevemos al Niño nuestra agenda de

agravios para que Él la rompa. Llémosle los nombres y apellidos de aquellos que están en nuestro corazón. Y como el Niño es pequeño y sus manos aún torpes, dejemos el ofertorio en manos de María, que significa Señora, Iluminación Mía, Hermosa, Fuerte, Estrella de Mar y Mar Amargo. Dejemos los presentes en este Amargo Mar como barquitos de papel. O, mejor, en un solo barquito de papel. Esta es la Vez.

ANUNCIO

Yo, Ángel Martínez, enviado de Dios, a los que deseen hacerse pequeños en el Amor más grande, paz.

Os comunico que en todos los poros del mundo ha nacido la Alegría. Tiene los ojos color hosanna.

Os traigo, corresponsal de la Esperanza, la certeza de que seréis salvados.

Alegraos.

Nuestro Niño, circunciso ya, adorado por los Reyes, los Magos, los Jefes de Administración y los Peones Camineros, está entre vosotros.

Miradle. Su brillo deslumbra a los tontos, pero enciende el corazón de los sencillos y los padres de familia numerosa.

Alegraos.

NOCHE

Y en esta posada, María, frente a estos ojos amigos que nos miran, ¿encontraremos abrigo y amor? Este que nos tiene en sus manos, ¿abrirá sus puertas para dar cobijo a este Amor que traemos? ¿Tendrá esta noche una ventanica encendida para guiar nuestra soledad andariega? ¿Comprenderán los hombres que ellos, dentro, están en el frío y la sombra y que nosotros les traemos la lumbre y las pavesas, el gozo y las luces?

Despacio, María, descansa, suspira, abre tus ojos a las estrellas admiradas; mira el susto de Andrómeda y cómo viene, veloz, Próxima Centauro. La cola de Halley nos marca el camino. Espera, María, despacio, que vamos a prender fuego a la noche y se calentarán para siempre los honrados y los pobres, los justos y los perseguidos, para que todos los hombres tengan la otra voz del diálogo y los niños del mundo puedan cantar un primer villancico... ¡Aleluya!

TRES POEMAS PARA EL MISTERIO

I. EXPECTACIÓN

A San José le duelen los pies. Demasiado, demasiado camino para estos dos pobres judíos que caminan. María... bueno, María no dice nada. María es un temblor. María es una sonrisa. María es una expectación. María es un pasmo. María es María.

De allá para acá.

-¿Más gente? ¡No hay sitio, estoy harto de decir que no hay más sitio!

Zas, puertas que se cierran. Se van cerrando todas las puertas. Se van cerrando los ojos del mundo que duerme, bobo él, desgraciado, como si la Aurora no les estuviese paseando las calles luminosamente...

¿Es de día? ¿Es de noche? A San José le duele más el pie derecho: es sobre el que carga el

cuerpo cuando sierra.

¡Ay, qué olor a manzana, a fresa y a madrugada tiene el aliento rosa de la Señora! Herodes para arriba, Herodes para abajo. Señor, no hay organización ni nada. Mucho construir edificios suntuosos para los escribas y los poncios y los ricachos. Y ni una mala posadita para estos peregrinos de Dios, que van por primera vez paseando el Santísimo por la calle. Ella, Custodia. Ella, árbol con Ruiseñor. Ella, sacerdotisa de mi Niño. Se ríen los imbéciles del mundo, rojas las mejillotas de tanto vino y tanto cordero. Un filántropo borracho va y abre la ventana y arroja un puñado grande de cheques.

-¡Hala, para los pobres!

Calladitos, calladitos, en la acera de la sombra -pero ¿es que hay sombra esta noche? María y José. Pálidos y con fatiga. ¿No hay dolor en María? Sí, hay el dolor de saber a mi Niño ignorado del mundo que va a contenerlo.

-¡Mi Niño, cómo te siento en el vientre!

El aire les acompaña. El aire les abre el camino de las hojas y de la sombra. La luna alfombra de misterio las callejas. Las estrellas se mueren de congoja y de gozo. ¡Lo que van a ver!

-Mi Niño, ¡cómo te siento en el alma!

Cantan los búhos del mundo. Canta el corazón de la Doncella.

-María, los obreros del mundo caminan como nosotros, con dolor y con hambre. Cuando Tú y yo pasemos y Él siga siendo, los pobres no tendrán más cobijo que la noche... -dice José.

Suena una radio lejana y los luminosos guiñan su rojo y su verde.

-Belén Oil Company...

-Jerusalem Limited...

-Trust Joyero Jericó...

Qué susto tiene la noche, con tanto Sol por las callejas.

-¡A ver, una Mulita y un Buey para el Nacimiento; a ver, el aliento de los que se hacen eunucos por el amor de mi Niño; a ver, la ternura del mundo para que se encienda con mi pena y mi alegría...!

Caminan despacio. María se cansa. José suspira. El mundo se duerme...

II. ÚLTIMA NOTICIA

Belén, 24 (Urgente).-Esta noche, a las doce, en las ruinas del mundo, a la falsa luz de las estrellas y las lunas artificiales, ha nacido la Esperanza. Nadie sabe cómo. Una mujer llamada María abrió la puerta de los gritos humanos para que los obreros y los Consejeros de Administración entrasen en el Silencio de Dios. El llanto de los niños se ha cuajado de risa. El corazón, de los contribuyentes ha empezado a latir. Dos hombres que se odiaban se han dado la mano. ¡Aleluya! La sonrisa del Niño se ha hecho turrón y villancico su lágrima. Las autoridades han manifestado que no tienen nada que manifestar. ¡Aleluya! De ahora en adelante, los pobres serán ricos y más -millonarios del Amor de Dios-.

Interrogado un testigo ocular, ha declarado que su corazón muerto vive en la Alegría. ¡Aleluya! Ángeles sin espadas se hicieron árboles, a medianoche. Los aduaneros han confiscado numerosos contrabandos de ternura, y en las Comisarías vagabundos enloquecidos han gritado: «¡Aleluya!». El dólar ha bajado y el Amor ha subido en la Bolsa de Nueva York.

Según los rumores que corren con insistencia por la Ciudad, el Espacio y el Tiempo ya

tienen razón de ser. El Alcalde, con el Ayuntamiento en pleno, presidió la inhumación de la Angustia, que fue encontrada muerta a las afueras de Belén, con el corazón traspasado de hosannas. Después, en sesión plenaria, se adoptó el acuerdo de que el amanecer, en adelante, se llame Amor.

El Niño es guapísimo. ¡Aleluya! Madre lo tiene en su regazo como una Custodia. ¡Aleluya! En plena noche, cuando Madre sonrió, se hizo de día. Los astrónomos no se lo explican. Menos mal. ¡Aleluya!

III. ADORACIÓN

San José ha hecho de comadrona. Poca cosa, porque ha sido todo inesperado, delicado y sublime... María pensaba con gozo en el sufrimiento de traer al Niño, a su Niño, y nada... Un milagro.

-Como la zarza de Moisés, como la roca del desierto -dice bajito y admirado el carpintero. Ella mira a las estrellas con reproche.

-¿Qué hacéis ahí todas mirando? ¿No veis que agobiáis a mi Niño, que no le dejáis sitio? Y las estrellas, avergonzadas, corren como los muchachos cuando salen de la escuela.

Y el director del Observatorio de Monte Palomar anota asustado en sus cuartillas:

-¡Atención, astrónomos, la noche se ha tragado la Osa Mayor!

-¿Cómo se le coge, María? ¿Cómo se coge el clavel cuando amanece, cuando el rocío le pone mil soles en sus gotas?

Y José coge al Niño con manos temblonas. Vaya callos que tiene José. Claro, tanta garlopa no es bueno. José coge al Niño como si fuera la sierra; la sierra, la escuadra o el martillo.

Y María se asusta:

-¡No, no! ¡Dámelo! ¡Tú no sabes!

José se malhumora un poquito, sólo un poquito:

-¡Vaya, le quieres para Ti sola! ¡También es mío!

Madre se asusta, le da como un temblor, como un escalofrío. Se le quema el corazón. Se le hace vieja, espantosa y amarga la vida, de repente:

-¿Tuyo? ¿Vuestro?

Anda, Señora, ¿no querías Dolor? Y ¿qué es esto que te abriga, te desfallece y te muere? ¿Qué es esta cosa amarguísima que te deja de hielo, cuando piensas que este Hijo portentoso no es para ti, que te lo vamos a robar todos y nos lo vamos a partir como botín de ladrones, y Tú te quedarás en isla lejana, rodeada del mar de tu ansioso deseo? Pero, Mujer, ¿no ves que así es más tuyo?

-Anda, José, cántale un villancico.

José no sabe villancicos, pero lo ha dicho María, lo quiere María. Ni una palabra más: a cantar se ha dicho. Y canta. ¡Bendito José, qué mal lo hace!

-¡A ver ése, que se calle! -muge una voz desde una ventana. ¡Vaya, pues, si los ángeles de la Scala del cielo se están muriendo de envidia! ¡Si Dios va y abre la ventana de una nube para escuchar este primer y eterno villancico del Amor! A María le parece precioso:

-Anda, canta otro antes de que vengan...

Porque van a venir: los mecánicos ofrecerán llaves inglesas, y los lecheros leche sin aguar ni nada, y los barrenderos sus escobas, y los caminantes un camino largo, lleno de esperanzas e incertidumbres, y las muchachitas jóvenes un medallón que pone «Julián te quiere», y hasta un rico va a venir; que sí, que eso dicen, que va a venir uno...

-A ver, un espejo.

A José se le escapa la risa.

Y alarga el brazo y coge la luna y se la pone delante y la luna no sirve de espejo porque la luna sólo es blanca, mientras que Madre es guapa, guapa y milagrosamente luminosa.

-¡Me miraré en la cara de mi Niño!

La cara de nuestro Niño sí que le vale. El viento le peina a Madre con un millón de suaves dedos. Y las estrellas se miran, ellas, en los ojos de la Madre guapa.

COMUNICADO DE LA OFICINA DE PRENSA DE S. M. HERODES

Belén, 25.-Continuando con su campaña contra los poderes legítimamente constituidos, agitadores que proceden de las clases más bajas afirman que en Belén ha nacido el Mesías, Caudillo del pueblo de Israel. Esta afirmación carece de sentido. Agentes del Gobierno han visitado Belén y afirman que ellos no han visto nada. El Gobierno de Su Majestad, en consecuencia, y por si acaso, ha ordenado decapitar a todos los niños pequeñitos, enemigos del régimen. Con este motivo se han registrado numerosas manifestaciones, organizadas espontáneamente, que, con perfecto orden y disciplina, han recorrido las calles vitoreando a Roma. El orden se ha restablecido en todo Israel, bajo el mando de Herodes, nuestro señor, puesto por Yahvé para llevar a nuestro pueblo a sus más altos destinos.

COMUNICADO DE LOS ÁNGELES QUE BAJARON CON PRISAS

¡No temáis! ¡Os anunciamos una gran alegría!

¡Os ha nacido un Salvador, que es el Cristo Señor, en la ciudad de David! Le encontraréis en un pesebre, envuelto en pañales! ¡Dad gloria a Dios, que está en lo alto, y que los hombres de buena voluntad tengáis la Paz!

COMUNICADO DE UN POETA QUE ANDABA POR ALLÍ

Belén, 24.-A las doce en punto, José dijo:

-¡Aleluya!

María suspiró:

-Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu salta de júbilo.

Sobre el lienzo, en el regazo de María, mi Niño era como un éxtasis hecho de clavel y de risas.

Los hombres del mundo sintieron el corazón con esperanza. Los que eran perseguidos, levantaron la cabeza hacia las estrellas. Los que estaban solos, sintieron la compañía de Dios. Los guardias municipales rompieron el bloc de multas. Cuatro diputados presentaron la dimisión y todos los niños del mundo empezaron a ser Niños.

José suspiró, admirado, estremecido de cariño:

-¡Aleluya!

María dijo:

-Ha hecho en mí maravillas Aquel cuyo nombre es santo.

Diez nebulosas estallaron como cohetes de verbena, y la música de su ruido inició los compases de la Sinfonía del Espacio. Ángeles correo fueron despachados al Sur, al Norte, al Oeste y también al Este. El padre, la madre y los hijos cantaron con el misal abierto:

-¡Gloria in excelsis Deo!

La ternura bajó al mundo. El odio fue condenado a muerte.

LA LUZ

Bajad, ángeles. Venid, hombres.

Ya está el misterio. Ya la paja es de oro y la noche no tiene alientos y las estrellas se han detenido en el Cosmos.

Ya hay un llanto de Niño chiquito asustado a las sombras.

Ya hay el largo chasquido de un beso de Madre dando la paz al mundo.

Ya hay un largo clamor de profetas, un largo suspiro de Biblias, un calambre que rompe en dos los viejos pergaminos guardados en odres.

¡Ha nacido la luz en las tinieblas!

Todo está consumado. Están completas las siete notas de la música y los siete colores del arco iris. Completo el mar, con la luz, y completa la luz, con los pájaros.

Ha nacido el Suspirado. Se llama Jesús y sólo con verle se llena el corazón de lumbre.

Felicidades, felicidades, felicidades.

La zambomba se hace reportaje y la pandereta dibujo. Amor para todos, amigos, Amor. Y Ella, la rosa.

HAMBRE

Ellos se dan con el codo:

-Tú, ¿ves algo?

Ellos estiran el cuello como cigüeñas curiosas y se empinan sobre las abarcas de caucho «Firestone», calidad extra.

-Vamos, vamos -dice el mayoral-, que me lo vais a gastar de tanto verlo.

Nostramo también se aúpa. Delante de ellos están los demás; las criadas, los militares y los niños sin graduación. Los que no van a la escuela, vamos. Dentro, en la gruta, está el Prodigio. Madre ha acostado a mi Niño en el pesebre, que huele a heno agrio y vigoroso, y que ahora está como si no le hubiesen segado, con su Amapola en medio. Hay mucha luz, pero no es de la Estrella Polar, que está allí también; porque a ella le han dicho que hay que señalar el Norte, y ha venido. No, la luz la da mi Niño, que es el Sol, y la refleja -sobre los zagalones, y los cabos de cuartel, y los tíos de la pelliza- la Madre, que es la Luna. ¡Ay, pero si Dios ha hecho otro cielo esta noche, otro cielo para pasmo de los sencillos, los contribuyentes y los padres de familias numerosas!

Pero, ¿qué es esto, Rostro de Luna, qué es esto, Madre, qué es esto, Agua y Nube, qué es esto que gime como un viento tiernecillo y desvalido, como una ternera sola, como un cachorrín recién nacido? Madre frunce los labios y Padre José tiene la frente con gordísimas venas de sobresalto que le hacen un violento sistema hidrográfico. Los empleados de Montepíos y los niños en vacaciones de jueves se asustan también. ¿Qué es esto, este grito que taladra la entraña de las nebulosas y hiere el corazón de Dios? ¿Qué es este gemido como de suspiro y de soledad, que desprende los galones en la bocamanga de los almirantes y detiene el ruido gigante de las centrales eléctricas y del mar verde, gris, azul?

A Padre José se le cae la vara, de temblor que tiene.

-Madre, ¿es que llora?

Sí, llora mi Niño. Lloro el Rocío del Mundo, llora la Aurora de las Montañas. El corazón de la Tierra se detiene y los Matemáticos, de pronto, no encuentran la equis. Lloro la Carnecita

Suspirante de Belén, y los fogoneros se quedan sin humo, y las nubes se hacen cristal, y los fusiles disparan congoja en vez de balas, y el profeta Elías viene corriendo, asustadito.

-¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

El silencio cruje sobre los hombres como si fueran grava. Y Madre sonrío, sabiamente, dulcemente, ensoñadoramente. Y dice, con sencillez, con una sonrisa guapísima, que disipa las tormentas australes, y también las boreales. Dice:

-Llora. Tiene hambre.

¿Cómo lo sabe, Madre? ¿Cómo Madre es ya tan Madre? ¡Dios! ¿Qué otro prodigio has hecho? Madre saca su pañuelito de encaje y lo coloca ante sí. Y luego, ocultamente, desabrocha su blusa y acerca a mi Niño el Seno glorioso que ha nutrido a Dios. Y Madre se vuelve. Siente los tirones dolorosos del Niño, pero sonrío:

-¿Ves, Jesús? ¡Otra vez eres mío, otra vez sólo dependes de mí!...

X, Y, Z, EN EL PORTAL

Y vinieron tres Señores al Portal, pero no desde Oriente, que eso se lo han inventado los ingleses, tan cucos, para poder llamarse el Occidente. No, los Tres Señores vinieron uno de allá, otro de acá, otro de acullá.

El primer Señor, que llamaremos X, o sea, Don Melchor García, era gordito y rubio y traía una cartera con perras gordas y caramelos. Y fue y dijo:

-Mira, Pequeño, un momento sólo, que he dejado el despacho solo y la fábrica sola. Vengo a decirte que yo también estoy solo, sin ellos, ya sabes, los del «mono» y el manguito. No me puedo parar, porque tengo mucho trabajo y además he dejado el coche fuera. Pero a ver si Tú, que eres tan Niño y tan otro, remedias esta soledad mía, con chimenea estilo Imperio, esta soledad con Cadillac, esta soledad que no me rompen ni la prisa, ni el trabajo, ni siquiera, ya ves, el talonario de cheques.

Y el Niño le sonrío, porque le dio pena.

El segundo Señor, que llamaremos Y, o sea, Don Gaspar Moreno, era renegrado y flaco, como con bilis o qué sé yo, y traía una cartera con estilográficas, y un juego de lápices de colores y 365 cuartillas en blanco. Y fue y dijo:

-Traigo prisa, Niñito, porque tengo que ir a la tertulia, y luego a la imprenta, y luego al editor, y luego al periódico. Pero mira, que no sé qué pasa que las palabras que escribo nacen ya muertas y no me acuerdo cómo se escribe tu O, y me estoy secando como en helada, y el corazón no me hace tic-tac como un reloj, sino tá-tá-tá como máquina de escribir con cinta roja. A ver si me enseñas cómo es tu O, abriendo tus ojos redonditos.

Y el Niño le sonrío porque le dio lástima.

El tercer Señor, que llamaremos Z, era regulín regulán, más bien gris y cano, con párpados de fatiga y un ojo abierto en la frente y otro detrás, en la nuca, para enterarse de todo, sólo que era miopísimo y no se enteraba de nada. Traía una cartera llena de pactos de amistad y no agresión, y de tratados comerciales y de decretos y de minutas. Y fue y dijo Don Balthasar Brown:

-¡Hello, Boy! No me puedo parar, con tanta guerra como tengo que arreglar y tantos Derechos del Hombre que planear. Pero no sé qué pasa, que la gente es muy liosa, y algo violenta; la gente dice que quiere paz, y hemos buscado la paz en los archivos, y en los libros, y en los despachos, y debajo de la cama, pero nada, no encontramos la Paz.

Y el Niño le sonrió porque le dio compasión.

X, Y, Z, se fueron corriendo a integrarse en la difícil ecuación del mundo. Madre sonríe a José, que tiene cara de preocupado, con eso de tener la guerra tan cerca, en el Sinaí. Y los labios del Niño se mueven, como si dialogase con Alguien que estuviera en las estrellas. Tal vez para pedir por X, Y, Z, que tienen tanta prisa que han pasado sedientos junto al más luminoso Regatillo del mundo y no han sabido cómo apagar su sed.

TUNANTE

Tú te crees que no tengo otra cosa que hacer más que jugar contigo? ¡Vaya, con el Niño! Anda, anda, déjame en paz, tunante...

Madre se sienta otra vez debajo de la parra. En la azotea de al lado canta Raquel no sé qué de una mocita, hija del Rey Faraón, que se enamoró de un payo de Roma, un tal Livio Anneo. (Hay que ver, qué vida).

Madre se sienta porque tiene al lado un cesto de ropa que ya, ya... Calcetines y más calcetines, con la rabia que le da a Madre zurcir calcetines.

-Yo no sé qué hace José -suspira- para romper tantos calcetines.

En el taller canta la garlopa. En la azotea, Raquel. En el pecho de la Madre, la alondra de su querer. (Ya me salió el versito. Menos risa, Jesús.) Sí, en el corazón de la Madre, ¿qué pasa?

-¡Vamos a jugar!

Jesús asoma la cara tras la puerta. Hace como que se ha perdido y Madre hace como que llora...

-¡Ayayayay..., que se me ha perdido mi Niño ayayay!

-¡Estoy aquí! -asoma Jesús, con unas risotadas que los guijos del patio van, se ponen de pie, miran y les da tanta risa que se hacen arena y el viento la baila y luego la deja allí para que Jesús juegue a los embalses.

-¿Sabes lo que te digo? ¡Pues que eres un tunante!

Madre le da bocaditos. Jesús tiene cosquillas y se ríe. Luego se queda mirándola, jadeante, sudoroso, risueño, con la risa brotándole como un arroyito en los helechos rojos de los labios.

Madre le coge fuerte los dedos de la mano y le abre la frutilla dorada de la palma, extiende su propia mano y da pellizcos en ambas al ritmo de una musiquilla.

-Pin, pin, pin, zacarracatín, vino la pollita, con su sabanita, sábana redonda, de qué calleja, esconde la mano detrás de la oreja...

Jesús esconde la mano y en los ojos le brilla la picardía.

-Saca, saca esa manita.

-No quiero, que me la come la gatita.

-Saca, saca la manaza.

-No, que me la come la gataza.

-Sácala, que tengo pan y queso en el arca.

Jesús se ríe y por la ley de las aproximaciones líricas, va y nace una estrella. Sobre las manitas blancas -sí, sí, blancas, ¡con cada churretón...!- Madre le va haciendo la señal de la cruz con el canto de su palma.

-Paaan blanco, paaan... negro ; esto... p'al gato ; esto... p'al perro... A la buenaventurita..., si Dios te la da; si te pica la mosca..., ¡ráscatela, ráscatela!...

Venga risa, venga risa, pero a los calcetines no hay manera de meterles mano. En la azotea canta Raquel. ¡Caray, qué garganta! Es como la radio de Nazareth.

-¡Eres un tunante! ¡No me dejas hacer nada! ¿Por qué no te vas un ratito a enredar en la carpintería, eh? ¡No, si tienes que estar aquí, cosido a mis faldas! ¡Parece mentira, como si fueras un hombre, ya con tres añazos!...

Pero la voz se le quiebra a la madre. Arroja al suelo la labor y el cesto rueda sobre el enladrillado, al ajedrez de la sombra. Y Ella corre, corre que te corre, hasta el Niño. Y fervorosa, amarga, tristísimamente:

-¡No, Hijo, si es jugando! ¡Quédate así, mi Niño, mi Señor! ¡Deja de pensar en ser Hombre, deja de pensar en el mundo, deja de callarte a veces y de irte lejos, sobre las nubes!...

La garlopa del padre ha callado. Y hay un sollozo de angustia, un gorgoteo de ansias en el surtidor de la tarde.

EL BÚHO

Desde la casa de tío Jacobo, el camino sube por un cerrillo coronado de hayas y olivos. A veces, de noche, Jesús viene después de pasar el día en la heredad, jugando con los primos; viene de noche por el camino del cerro y las hayas se mueven bajo el aire y huelen los naranjales de Abraham el Rico, abajo, en la quebrada.

Jesús viene solo, en la sombra, y tiene susto. No susto de la sombra, de la noche, del silencio perforado de grillos cebolleros. No, tiene miedo del Búho.

El Búho vive en una haya del cerro y apenas anochece ya está el tío girando los ojos como un loco. (Búho tiene tres oes, la de su nombre y las dos oes rellenas de sus ojos fosforescentes). El Búho se sienta en una rama, pone cara de filósofo aburrido y dice:

-Uuuhhh...

Luego cierra los ojos, despacio, complacido, con aire de digestión pesada, con aire de conferenciante pachucho, íntimamente persuadido de la gracia de su canto, de la flexibilidad de su voz, de la riqueza de matices de su garganta, de la alta belleza de sus estrofas oratorias. Y como ya lleva un ratito sin escucharse, repite:

-Uuuhhh...

Qué bárbaro, qué bien lo hace. A Jesús no le da miedo el pozo de la noche porque ha visto en el brocal, sonriente, al ángel Antonio, a quien conoció en Egipto, pues era guardián de un esclavo nubio, y como el esclavo estiró la pata, ahora está cesante, esperando destino. A Jesús no le da miedo el redondel de la sombra porque así ve a las luciérnagas, tan bonitas, tensando el retal de la penumbra por los bordes de la luz, como una piel de conejo curtida. A Jesús no le da miedo el silencio porque no, y ya está bien de metáforas.

Jesús tiene miedo del Búho. De los ojos del Búho. De la mentecatez del Búho.

-Tú eres un búho.

-Uuuhhh... -dice el Búho. Como si dijese: Vamos anda, Niño, yo soy una oropéndola. Mira mi plumaje; escucha mi armoniosa voz: Uuuhhh...

A Jesús le da miedo atravesar el cerrillo. Las zarzas se afilan los pinchos, las muy canallas, para ver si enganchan la piel de oro del Niño. Jesús corre y el corazón, en el pecho, se hace un tacatá sonoro, retumbante, como cuando el médico Ezequiel pone su trompetilla de oír en el pecho de un enfermo para escuchar la musiquilla del cacharro cardíaco.

Jesús corre asustado del Búho, que es el conferenciante de hoy en el Ateneo de la noche.

Cuando sale del bosque, a la pradera con luna, los ojos niños de Jesús se calman. Y su mano ya no tiembla cuando llama.

-Abre, Madre; soy yo, Jesús...

Y abre la Madre, levantando el candil. Y su brazo izquierdo ciñe la espalda de Jesús, cariñosamente. Y el viento que viene corriendo para no perderse la fiesta, apenas si tiene tiempo de oír a través de la puerta que se cierra

-Estaba intranquila, Hijo...

-Es que, ¿sabes?, me asustó el Búho de la colina. Tiene los ojos redondos y hace así: Uuuhhh...

FERNANDILLO

Anda que te anda, anda que te andará...

Madre cuenta lo del barquero, y luego lo del reloj, y luego lo del burrito sabio que fue a Salamanca, y ya se sabe, cuando los burritos sabios van a esos sitios da mucha risa rosa.

-Y dijo el gallito que bueno, que cantaría tres veces...

Madre cuenta cuentos. Y viene un ángel y le sopla al oído lo de Caperucita, que era una chica algo boba, pues le daban miedo los conejos, las sombras y las esperanzas.

Madre Cuentacuentos.

Jesús se estira perezoso en la cuna que hizo José con tres pinos; uno, alto, para la cabeza.

Otro, bajito, para el cuerpo. Otro, enano, para los pies.

Jesús se estira somnoliento y mete el dedo en la taza del azúcar fina molida y Madre se cree que ya va cayendo...

-¿Viene Fernandillo, hijo?

Sí, viene Fernandillo, despacio y remoto; se ha puesto alpargatas de silencio y viene despabilando gorriones con su aire nocturno. Fernandillo viene desde el rincón penumbroso donde alientan toditos los deseos que esperan. Fernandillo es un vago holgazán que siempre se distrae lejos cuando Madre dice que venga, que ya está bien, que hay que dormir, vaya, que el día ha sido largo y ha tenido mucho que lavar, mucho que fregar, mucho que guisar, mucho que coser, mucho que amar. Jesús le dijo que qué bobada, que podía venir el ángel Federico con un par de novatos y echarle una mano, y que si quería Ella, pues, Él la ayudaría un poquito a amar. Jesús le ha oído decir, con un poco de asombro:

-Hijo, para amar al mundo yo tengo que coser, que fregar, que fatigarme...

-¿Y que contarme cuentos?

Fernandillo viene tembloroso y despacio. Fernandillo es un ángel con pecas. Es un ángel del sueño y parece que siempre está en Babia, o dormido, o qué sé yo...

-Vamos, Fernandillo -suspira la Madre que le duele la espalda y siempre está sonriendo. José, el padre, también qué vida... Todavía se está oyendo su sierra en el taller, y lo que dice él, la vida está difícil y cualquier cosa vale un talento, y hay que ver qué apetito tiene Jesús. Claro que mejor que tenga apetito, y que corra, y que se ría, y no como cuando de repente cierra los ojitos angustiado, como asustado, como si le pinchase en el corazón el dolor viejo del mundo. Asqueroso mundo.

Fernandillo viene despacito y glotón, comiéndose los pelos. Están dulces los cabellos de ángel (Jesús, no te rías del chiste).

-¡Ah!, ¿ya estás ahí? -regaña la Madre mientras Jesús, el muy cuco, abre un ojo y se ríe bajito para no despertar los palomos del mundo con la gloria asombrosa de su risa-. ¡Has tardado, Fernandillo!

Fernandillo recula hasta la pared, colorado, colorado. Anda, que no tiene cara el angelito. Se esconde las manos detrás porque las trae sucias, como siempre. Porque María es

también Madre de los ángeles, y de los perritos, y de las cucarachas negras.

-¿Ya estás ahí? ¡Me enfadaré contigo!

A Jesús le baila la risa. ¡Enfadarse Ella! (Es por la cara de Fernandillo, que es más feo que un dolor).

-Bueno, no tardes más... ¿Traes el sueñito para mi Hijo?

-Sí, Señora. ¿De qué lo quieres?

-Podría ser de fresa -dice Jesús sentándose en la cama, tan fresco, como si fuese a estar de charloteo.

-¡Eh, eh, eh! ¡Tú a dormir, venga! Un sueñito de fresa.

A Jesús se le deshace en la boca la fresa del sueño.

Y entonces va y se hace de noche, porque la noche es que Dios se ha dormido. María espera suspirante, como un álamo verdecido. Y el ángel Fernandillo brinca sobre el aire al taladro luminoso de las estrellas y deshace en sus manos el terrón de la sombra para que los niños del mundo jueguen el gran aro del silencio.

CUMPLEAÑOS

-¿No sabes? -dijo Madre, con la cara hecha pura risa, con los ojos llena de alma, con la nostalgia hechas venas en su frente-. ¡Hoy es tu cumpleaños, Hijo!

Jesús se ha levantado más pimpante y veloz que una ardilla. Padre José ha puesto el Nacimiento en la mesa del comedor. Lleva quince días madrugando antes del alba para hacerlo todo. Y ahora sonrío, con la barba florecida como un almendro rubio y entrañable.

Tío Efraím, el curtidor, ha traído una zambomba y primo Juan ha mandado desde Ain Karim una flauta con tres agujeros y toda la armonía del mundo metida dentro. Vienen los niños, todos los niños de la vecindad, y se quedan muditos y esperantes, como pájaros con frío. No saben qué hacer. Hasta que viene el Ángel Pablo José y se arrodilla ante Jesús y canta un villancico, sólo que todavía no se llama villancico.

Madre, sí, qué nostalgia en los largos ojos preciosos, qué nostalgia de Belén, de la soledad, del misterio de aquella noche, de aquel pavoroso misterio del Niño naciendo, y Ella y José, solos en el pesebrico, y ellos sin decir nunca a nadie cómo fue aquella Noche.

Vienen amigos. Pastores de aquellos, congregados año tras año a esta fecha; parientes, crédulos e incrédulos, los que sonrían y los que no. El Nacimiento tiene hecho un estanque con el espejo que sirve a Madre para atusarse, y en su agua quieta beben los patos y se refleja el rostro asombrado de los niños.

A media noche ha habido un gran resplandor en la habitación sin luces. Madre ha oído un diálogo misterioso. Madre sabe bien Quién ha venido. Madre ha visto salir luego a su Niño: con los ojos húmedos, con la boquita grave, con las manos caídas y un extraño rumor de alas en torno suyo. Madre lo sabe todo y guarda estas cosas en su corazón.

Y aún pasa, por la puerta, un vecino retrasado que golpea la madera con su cayado:

-¡Felicidades, María! ¡Felicidades, José! ¡Felicidades, Jesús!

EL POZO

Es grande, tiene un brocal de adobes y una garrucha arriba. La garrucha chirría cuando la sogas baja o sube, con el cubo lleno de aire o lleno de agua. En manos de Madre, el esparto de la sogas se vuelve seda suave y finísima para que las manos de Madre no se estropeen.

-Me parece -dice el Esparto- que a las gentes les van a hacer mucha falta estas manos.

Vaya. Claro que sí. A ver qué manos van luego a amansar las frentes de los niños que duermen poco porque tienen anginas; a ver qué manos suavizarán la cólera de los hombres justos que se duelen de la porquería de la injusticia humana; a ver qué manos van a guiar los lápices de los asentadores y los vendedores de ultramarinos para que dos y dos sumen cuatro y no siete cincuenta.

A Madre le gustaría tener una bomba para sacar el agua sin tanto trabajo. Una bomba aspirante, como dice el libro de Física; las aspirantes-impelentes son grandes y feotas.

El pozo está en medio del corralillo. Arriba, las estrellas pentagonales y verdes de las hojas, la sombra de la parra sostenida por la enramada que José le hizo a Madre, los granos apretados y verdosos de las uvas que están todavía en agraz.

Mi Niño entra jadeante y con unas mejillas tan preciosas que parecen de melocotón. Ha jugado con los chicos, cualquiera sabe a qué. A subir árboles (y luego Madre venga zurcir calzones), a saltar tapias o a la peonza; la que baila mejor, la de mi Niño, la hizo José.

Mi Niño entra al patinillo, con la respiración entrecortada, y se sienta en la sillita baja donde Cabodevilla toma notas para su crónica de Nuestra Señora. A mi Niño le duelen las palmas de las manos, y los pies, y el costado. Siempre le duele así, cuando se araña pies y manos con las cortezas de los troncos, y cuando corre. Pero este dolor deja a mi Niño pálido, sudoroso, angustiado, casi con ganas de llorar pero sin lágrimas. Mi Niño se queda quieto, en la sillita baja, como escuchándose el latido brusco del pequeño Corazón. Como metido en sí mismo, de repente Hombre, de pronto con veinticinco años más...

Madre viene cantando:

-«Quia fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus...».

Trae un cubo en una mano y una artesa a la cadera, y al andar parece como si danzase para alegría de unos Ojos que riman detrás de lo azul.

A Madre se le cae la artesa, y el cubo rueda en torno a sí mismo. Madre se queda también pálida, sin sangre los labios, como si también a ella le doliesen el costado, las manos, los pies...

-Hijo...

El Niño sonrío y le pone a la Madre un collar de brazos al cuello. Luego le recoge la artesa y el cubo.

-Yo sacaré el agua, Madre...

Mi Niño se inclina sobre el brocal y mira hacia abajo, Madre detrás de Él. Y se ve a Sí mismo, Hostia temblorosa de agua; cerrada O; hecho Misterio, hecho profundidad, hecho Silencio.

-Mira, Madre, ¿ves el fondo? Sí, tú sí lo ves. Me gusta el pozo, me gusta su quietud, allá abajo; me gusta que con todo su ojo sólo sepa mirar hacia arriba; me gusta que se dé, en frescura y en agua, todo lo que tiene. Me gusta que esté siempre callado y que devuelva la voz que se le da, pero más fuerte. Me gusta que sea de abajo a arriba, como un árbol de nada y de sombra. Me gusta que sea tan hondo y que dé una sonrisa redonda de luz cuando nos asomamos.

Y luego se vuelve a la Señora.

-Me gustas tú, Madre.

A Madre se le escapa un quejido ronco de la garganta. Como un sollozo. Pero está sonriendo... La sonrisa es para mi Niño. El sollozo para los demás.

Sí. Madre es un pozo. Está abajo, el más hermoso medallón antiguo. Esperando siempre.

Sí, Madre es un pozo para que beba Dios, para calmar en él su sed de amor humano.

POSTRE

Esta mañana vino el primo Neftalí. Olía a gasolina, con su traje tan bien planchado, su bigote, su leontina, su reloj suizo, su zapato con brillo y su acento sobre la í.

El primo, que es relojero y sabe lo que es el tiempo, vino para dar cuerda al reloj de pesas del Ayuntamiento y al Longines de la granja colectiva.

Bueno, de paso trajo un cestillo con fresas.

-De parte de tía Sara que está muy bien, y que ustedes qué tal, y que gracias. Ah, y que estas fresas.

Madre ha puesto el cestillo en la mesa, y mi Niño que ya anda lo suyo -aunque de vez en cuando se cae y llora con desconsuelo sólo para que Madre haga como que le riñe y luego se lo coma a besos-, mi Niño viene desafiando a la ley de la gravedad universal descubierta por Newton, previa utilización de una manzana como instrumento científico.

Mi Niño viene, tropieza y se cae. Pero no llora. Es la hora de comer -hace rato que zurean las palomas en el tejado- y mi Niño tiene hambre. Por eso se levanta, pasa entre las piernas del primo Neftalí, que está casado con una joven de Tel-Aviv, y se desliza el muy cuco hacia la mesa.

Madre le ve con el rabillo del ojo y le amaga sonriendo:

-¡Niño!

Y coge el cestillo y lo pone sobre el armario. Luego pregunta al primo Neftalí, que tiene una muela de oro y cumple los 42 en septiembre:

-¿Y qué tal lleva Sara el reuma?

Mi Niño ha empujado una silla y la arrima a la mesa.

-¡José! Mira quien ha venido. El primo Neftalí -dice Madre, siempre tan atenta, tan cariñosa.

Mi Niño ya está subido en la silla.

-Mira, José, ha traído un cestillo de... ¡Pero Niño!

Madre baja en volandas a mi Niño, coge las fresas y las guarda en el armario.

-Son para postre, Hijito...

Luego Neftalí se marcha a dar cuerda a los relojes y Madre llama a José, porque ya es hora da que coma, pobre José mío, desde el alba metido en el taller.

Viene José y escancia agua en la jofaina. El agua le corre por la cara, recia, grave, bien barbada. Luego los brazos, duros, musculosos. Deja la toalla en una silla y Madre mueve la cabeza sonriente. José se levanta y la deja en el gancho.

Cuando Madre sirve la sopa del cocido, mi Niño dice con la boquita caprichosa:

-Yo quiero fresas.

Y para que se coma la sopa, los garbanzos y el tocino, Madre ha de contarle el cuento de la ratita sabia. José se distrae, pellizcando el pan y escuchando el cuento.

En el rincón de la cocina, tres ángeles pequeños escuchan ensimismados. Y las madres todas del mundo aprenden a contar historias.

Luego, cuando llega el postre del primo Neftalí -las dos, por Gobernación-, mi Niño separa el plato de fresas -rojas, apetecibles, ásperas- y dice:

-Otro cuento, Madre.

CON EL NIÑO, AL CINE

-Buenas tardes, Señora... ¿Puedo pasar? Mira, me limpiaré los pies sobre la losa del umbral; he pasado por el barrizal de Isaac; Señora, qué calle... Y el alcalde, tan tranquilo. ¡Cómo huele a pan tibio tu casa, Señora, a pan bendito y amasado por ti, a carne de tu Niño! Y a rosa de tu aliento; ¿o es violeta, Señora? ¿Puedo pasar? Qué limpia tu casa, qué limpia tu cocina, el hogar recogido, las trébedes en el rincón, la ceniza amontonada, el espetón junto al hogar, el candil brillante. Da gusto venir a esta casa tuya, Señora. ¿Cómo te da tiempo a todo, sin asistenta ni nada; cómo es posible que tus manos estén tan blancas, tan suaves, tan seda, tan pétalo?

Perdona, Señora, tanto palique sin ton ni son. Ya te veo, cansada, con ganas de sentarte, de cerrar los ojos, de decir «Dios mío», como tú sabes, como si fuera tuyo de verdad -bueno, claro que lo es...- con un suspiro tan hondo que rompería el alma del difunto Simeón...

Perdona, Señora. Es que como hacemos semana inglesa y hoy es sábado... Pues me dije, digo, voy a pasar por casa de la Señora... ¿No está mi Niño? Oigo el martillo de José. ¿Qué clava hoy, un ataúd o una cuna, una artesa o un rastrillo? ¿No está mi Niño? Verás, si tú quieres, me lo llevo conmigo. Tengo tres duritos. Me lo llevaría al cine, si tú quieres.

No sé qué ponen. Alguna película 1; o 2. Sabes, el cine... Como un chorro de luz sobre un lienzo blanco, como una fosforescencia, como un escalofrío de vida... Si tú quieres que el Niño venga conmigo... Sacaré butacas y le compraré almendras de Mallorca, bien tostaditas, o un bombón helado, chicle, caramelos, patatas fritas. No; pipas, no. ¿Me lo dejas? Te lo traeré prontito, antes de que la luna haga como si las cosas estuviesen muertas, como si hubiese cambiado la calderilla sucia del mundo por una plata de mentirijillas. Si tú quieres, Señora...

II

-Bueno, ya se durmió, Señora. Fernandillo le trajo un sueño de bombón y nata. Cuando cerró los ojitos, Señora, me he quedado con el corazón en sombra, como cuando viene la palabra «fin» en la pantalla, y las gentes que hemos amado durante hora y media se quedan como cipreses solos y amargos, como espejos sin cara, como papel mojado, como estrellas hechas con el estaño arrugado de las chocolatinas.

Pues no, Señora, me parece que no le ha gustado mucho el cine. Hemos estado al Moisés Cinema. Mucha gente. Cola y todo. Yo quise colarme y el Niño no me dejó. Luego quise pasar un duro falso, y también me miró de un modo...

Mira; salió primero el «Nodo», con una inundación del Mississipi. Y el Niño se puso triste y como acongojado. Luego salió un discurso. Es lo que más gracia le hizo al Niño, aunque su risa me parecía un poco amarga. Luego lo del Coruña y el Barcelona. Eso le aburrió algo. Y lo de la Feria de Muestras le dio sueño.

Después, vino lo del Pato Donald. ¡Se rió más nuestro Niño! Hasta le envió una sonrisa a don Walt Disney, por arcángel certificado.

El Pato es bueno; algo pinta y un poco egoísta, pero al final, ya te digo, bueno.

Y luego, la película. No le gustó nada, Señora. Lo que más le dolió es que los hombres fuesen tan tontos. Que hayan descubierto el secreto de la luz, y que, sin embargo, la pantalla resulte más oscura que la sala. Que con la mentirijilla del cine, los hombres tontos no sepan ver mejor la verdad de la vida. Que puestos a imaginar, no sepan quitarse los zapatos. (Eso no lo entendí mucho). Los personajes entraban y salían en la luz como si la luz no existiera, como si sólo fuera una cárcel y no un campo abierto. Como si la luz no estuviese, como si no resplandeciese en las tinieblas, como si no se dieran cuenta de dónde estaba la luz verdadera que alumbra este mundo.

Dijo que las tinieblas no comprendían la luz, que estaba entre ellas, aunque debajo de un celemín de los que hace José con madera y cola.

Bueno, a mí me dolía la cabeza porque quería entender todo y no entendí nada. Me temo, Señora, que yo soy tiniebla, que sé dónde está la luz y no la veo. Enciende, Señora, el candil reluciente y bruñido, porque esta tiniebla del cine se me ha entrado en la cabeza y no veo nada a la luz de la luz. Enciende, Señora, un pensamiento tuyo aquí, en esta frente mía, para que yo no sea como los hombres del cine, para que yo sepa encontrar la luz del sol, la luz del agua, la luz del árbol, la luz de mi Niño. Me da miedo, Señora, que la vida me sea como una pobre película y que de toda la mentira de la sombra yo no sepa separar la luz que está delante y la luz que está detrás de la mentira.

Al salir, Él sonrió. Me dijo que, otra vez, cuando vaya al cine, me deja pagar con el duro falso. Sólo la falsedad sirve para comprar la falsedad. Me dijo que era necesario que el Padre enviase al Espíritu a los estudios donde hacen las películas...

Pero ¿ves, Señora? Yo venga hablar y hablar, y tú cansada, y los pasos de José que viene... ¿Sabes? Nuestro Niño me ha dicho que la única verdad, entre tantas mentiras, era la de dos maderos haciendo encrucijada. ¿Lo entiendes tú, Señora?

Buenas noches, y perdona...

EL NIÑO TONTO

Madre apoya, de canto contra su pecho, la hogaza grandota y morena y toma el cuchillo. Parte el pan con una ternura... Con suavidad, como si no quisiera lastimarlo.

(¡Ay, Señora, quién fuera pan, aunque fuese del año del hambre, para sentirse así, en tus brazos, junto a ti misma, y dejarse cortar dulcemente, suavemente, tiernamente por ti! ¡Me gustaría darte crujido y tibieza a cambio de la herida amorosa de ese cuchillo tuyo!).

Bueno, que se me va el santo al cielo.

Madre corta una rebanada grande, de las de en medio; luego guarda el pan en un lienzo de hilo y unta la rebanada, llena de miel. Y cuando está así, preparada, la pone en la fresquera que tiene tela metálica y no entran las moscas.

Cuando dan las seis en el Big-Ben, meridiano de Greenwich, hora oficial del Imperio Británico, un ángel gitano toca la trompeta y sale el Lucero Vespertino, por el foro de la tarde. Cae el telón de la primera sombra, pasan los dos bueyes cansinos de Melquisedec, suena el pito del automotor de Jerusalén y una niña hebrea canta el romance del Rey David. Además de estas cosas, pasa el Niño Tonto.

-¡Niño tonto, niño tonto, niño tonto! -gritan los chicos del barrio, a quienes les gustaría que TONTO fuese perro para atarle una lata al rabo.

Niño Tonto tiene la edad del mundo: diez mil millones de años, más o menos. Niño Tonto lleva todo ese tiempo arrastrando su tontuna por este perro mundo. Niño Tonto ni ve ni llora, porque para qué. Niño Tonto ni enferma ni suda, ni lee los libros, ni juega a la chita pará. Niño Tonto tiene un belfo rezumante de saliva, un padre curtidor y sesenta y dos moscas particulares que le hacen compañía de día y de noche. Niño Tonto ni tiene nombre; los listos requetelistos le llaman Niño Tonto y va que arde. Madre y mi Niño le llaman Aleluya, bien saben ellos por qué. Los listos requetelistos se creen que Tonto es que le salió mal a Dios; lo que nunca sabrán es que, precisamente, le salió estupendo. Los listos requetelistos, que dan conferencias sobre el neorrealismo y el imperativo categórico, no saben que si Tonto no estuviese en el mundo aviados estábamos, con todo el mundo tan lleno de listos que no habría hombres absolutamente buenos.

-¡Niño Bueno, Niño Bueno, Niño Bueno! -hace el eco de los chavales en el Corazón de mi Niño.

Pues como decía. A las seis, Niño Tonto-Aleluya pasa por la calle de Madre, que se llama calle del Profeta Isaías, de momento. Madre espera, sentada, zurciendo una camiseta de José... (¡Ay, Señor, qué rompedor es este Esposo! Claro que con tanto ris-ras con el serrucho, no hay camiseta que aguante. ¡Si bajasen un poco las de nylon!).

Las seis.

Tas, tas, tas...

Los pasitos del Niño Tonto avanzan por la calle como los del ciegucecito de los cupones. La baba le cae que es una hermosura. Las moscas se le pegan y parece que lleva barba. Con su cestillo de mimbre, Niño Tonto recoge cagajones para abonar los viñedos de Don Rico Stein, procurador en Cortes.

Tas, tas, tas...

Oscuros los ojos, dolida la frente, ni de este mundo ni del otro, soñando con la hormiguita negra, haciendo chascar la lengua, querido, queridísimo niño tontito.

-¡Aleluya! ¡Aleluya!

Hay una Resurrección de justos que se despistan. Hay un escalofrío en el seno de Abraham. Hay una estrella que se deshace de gozo como hielo en agua.

¡Aleluya!

Cuando la voz de Madre suena, se abre un paréntesis en el mundo. Se aturden los ángeles de tercera división, relinchan los caballos blanquísimos, se resuelve la cuadratura del círculo y Pedro Tomás abre los ojos redonditos.

-¡Aleluya!

Viene el Niño Tonto hasta la ventana donde se asoma Madre. (¡Ay, qué cuadro, Señora: qué ocasión de espejo para el mundo!). Viene el niño, y cuando ya está cerquita, Madre saca un pañuelo de su ceñidor y le limpia la barba al niño. Luego, las manos le arreglan el pelo y las moscas se mueren todas de remordimiento. Niño Tonto parece ahora guapo y se aleja comiendo su rebanada de pan con miel.

Al otro lado de la calle está mi Niño. Mi Niño dice también:

-¡Aleluya!

Y el Padre Eterno abre maravillosamente la ventana redonda de la Luna y se asoma para sonreír.

Aleluya corre hacia mi Niño. Casi tropieza y se cae, y los brazos de mi Niño le sostienen, y la noche, que va llegando, se estremece de ternura y de envidia. Mi Niño y Aleluya van calle abajo, las manos por los hombros como viejos camaradas, como dueños del mundo, como dos piratas solitarios en un mundo que ya no sabe jugar, que ya sólo sabe sumar y dividir por dos (la mitad para todos vosotros y la mitad para mí).

Pasa don Adán Karłowicz, el concejal, y pone cara de asco.

Mi Niño le cuenta a Aleluya que la luz es blanca y viene de arriba. Y Aleluya-Niño Tonto sonríe porque es feliz. Mi Niño le acaricia el pelo, le bendice secretamente, le ama como un chiquillo al más roto, al más viejo, al más bellísimo de sus juguetes.

En la intersección de Profeta Isaías con la Avenida del Rey Sabísimo, pita un guardia.

EL NIÑO NUEVO

Todo el día hubo mucho revuelo en la calle; gente que iba y venía, vecinas obsequiosas que llamaban a aquella puerta -tam, tam- y otras que siseaban por los rincones; una de ellas fue

a llamar al albéitar y a la paridora. El albéitar se llamaba Ezequiel y cuando se distraía, con el dedo meñique se hacía rulitos en la barba gris. La paridora era escocesa de importación y creía en los druidas.

Desde la mañana, las vecinas iban y venían.

Abigail, la vieja portera del 17, vino y le dijo a Madre:

-¿Sabes, María? A Séfora, salida de cuenta, le ha llegado la hora.

Mi Niño, en un rincón, abre mucho los ojitos sabios.

María se ciñe la túnica a la cintura y recoge algunas cosas: una sábana, dos toallas grandes, una jofaina, una botella de vino de las colinas de Agar... Sus ojos tienen una vivacidad risueña y estremecida.

Mi Niño, en el patio, mira las hojas anchas y maternales de la parra.

Abigail delante y María detrás, entran en casa de Séfora. Isaac, el marido, ha vuelto precipitado de las viñas de Jacob, donde cava como jornalero. Y ahora está en el zaguán de la casa, como atontado por el ir y venir de la gente, interrogando ansioso el rostro inescrutable del albéitar y las cejas rectas de la matrona. El cielo, lleno de pájaros, está tenso de oraciones, como cables fuertes de tranvías.

Al pasar, Madre sonrío a Isaac. Isaac sonrío trémulo.

-José, ¿está bien?

Y luego:

-Es el primero, ¿sabes? Quise que te llamaran porque tú, María, eres la Madre del Buen Parto.

Y María siente que ni la carne ni la sangre han dicho tal cosa a Isaac, sino Alguien que está en el prólogo y en el epílogo de la suma sabiduría.

Madre da a su sonrisa una emoción nuevecita. Luego se vuelve, desde el zaguán, y en el glorioso marco de la puerta, ve inmóvil y serio a mi Niño, con un viejo caballo de cartón entre las manos.

Dentro, Séfora gime como si alumbrase el mundo.

A las cinco en punto de la tarde, cuando los toreros del mundo dan su paseíllo; cuando salen al inhumano túnel de la calle los empleados de Wall Street; cuando los niños armenios comen pan con miel y manzanas asadas; cuando los mineros dicen: «Dios mío» y los profesores de matemáticas extraen la raíz cuadrada de pi; a las cinco en punto de la tarde, nace un grito largo, una ansia oscura, un escalofrío tenso.

Mi Niño, en el poyo de la puerta de Séfora, tiene la mirada al cielo, la mirada profundamente sabia y distante. Los dedos se le mueven suavemente, como si estuviese jugando al Génesis, y otra vez crease muñecos de barro: jirafas, gatos, bisontes, encinas, lagos, hombres... El rostro de mi Niño está tenso y esforzado, como si se diese cuenta de que la aventura del Génesis se repite, sólo que, no sé por qué, ahora parece más bella porque es más humana.

(Di, Niño mío, ¿es el dolor? Di, ¿es el grito que le faltó a la tierra cuando alumbró las voces? Di, ¿es porque la mujer ayuda al Padre a crear la eternidad de un hombre?).

Por la calle, pasan dos niños que salen de la escuela con sus pizarras al hombro.

Después del grito de Séfora, hay un viento suave de gemidos, luego, un silencio. Y al fin, una voz nueva, ronca, sin matices, la extraña voz estrenada de un recién nacido que canta para Dios la inexplicada canción de la vida.

-¡Ya llora! -se oye gritar alborozada a Abigail, la portera.

Mi Niño suspira hondo. Dos golondrinas, con el vientre blanco, dan al cielo una doble uve. Mi Niño sonrío, puro gozo.

Madre asoma a la puerta. Sudorosa, secándose con el velo el rostro, sonrío a mi Niño:

-¿Es un varón, sabes? Le pondrán Juan, como su abuelo. ¡Qué hermoso es!

Los dedos de mi Niño ya están quietos. Su rostro cambia, como si otra vez fuera niño, como si hubiese vuelto de un misterioso viaje, como si dijese adiós a Alguien.

-Madre, ¿me das de merendar?

TRÍPTICO DE SIQUEM

I. EL NIÑO MUERTO

Mi Niño viene de la tienda con un paquete para padre -tres docenas de clavos del número seis- y otro para Madre -azafrán, fideos y sal-; por la calle adelante, saltando como un ciervecillo. De vez en cuando se para y mira el Universo: la nube larga como una lanza, paralela al horizonte, larga tilde para hacer una T del álamo; la mariquita roja, con sus lunares de gitana, contando apresurada e inquieta los dedos de mi Niño por si le falta alguno; el perro curioso que olfatea toditas las esquinas; la hierba de la calle, que crece tenazmente aunque sabe que nunca será árbol...

Mi Niño tiene las cejas risueñas y un buen churretón en las mejillas, porque ha comido sandía y luego no se ha lavado la cara.

Pero la alegría se le detiene y el color se le va.

(¡Qué angustia, mi Niño, cuando te haces Tú mismo, cuando te escapas de la tierra y nos la dejas huérfana, fría, desierta, sólo vivienda de coroneles y peritos, geógrafos y ordenanzas! ¡Qué angustia me da, cuando te dejas a Ti mismo por las calles del pueblo y otro Tú te crece en los ojos como un árbol nacido antes de tiempo!).

Al extremo de la calle viene un levita tocando la flauta. Le siguen dos sacerdotes flacos y un largo cortejo de amigos enlutados. Luego, sobre unas andas, el ataúd negro y destapado, con lo que sólo es ya recuerdo: el joven Siquem, el muchacho tísico de la calle del Sinaí. ¿Te acuerdas? Estaba siempre en la puerta, sentado en la hamaca, con un pijama por toda ropa, y una manta sobre los pies. Callaba como si callando prolongase sus días. Estaba en silencio siempre, como para escuchar la vida que se debilitaba en sus pulsos. Miraba a lo lejos como si se inquietara por lo poco que dura el crepúsculo. De vez en vez, tosía y el pecho se le llenaba de oquedades.

Miraba el reloj de la torre, como si el tiempo fuese.

Tú pasaste muchas tardes y le dejaste un «adiós» que él no entendía. En su ventana había una hiedra triste que devoraba el hierro. Cuando cruzaban los niños cantarines o pasaba una muchacha envuelta en la primavera, los ojos de Siquem se nublaban y parecían muertos.

Mi Niño se queda inmóvil y grave sobre la acera.

Detrás de las andas, viene una mujer con velo negro. Es Sara, la madre de Siquem. (¿Te acuerdas cómo salía de su casa, de vez en cuando, y tocaba la frente de Siquem, y le daba un vaso de leche fresca?).

Detrás de Sara, las plañideras. Sus gritos tienen aire de oficio y gravedad de teatro. Y detrás, los vecinos de la calle Sinaí, incluso los niños que cantaban y la muchacha de la Primavera.

El cuerpo, delgado, traslúcido, amarillento de Siquem, parece dormir un sueño consumido. Y mi Niño siente el deseo reprimido de acercarse y decirle la Palabra. Pero un nuevo impulso le detiene (aún no es tu hora) y se queda, sólo Niño, sólo hecho asombro de la Muerte, sólo tristeza por el recuerdo de Siquem, el muchachito tísico de la calle Sinaí.

II. LA VIUDA

MADRE ha peinado a mi Niño y le ha puesto un delantalillo blanco. Le ha dicho:

-Vamos a ver a Sara, ¿quieres? Era la madre de Siquem, el muchacho que enterraron.

Mi Niño dice que bueno y deja los tacos de madera con los que hacía una catedral.

Van luego por la calle, muy juntos. Madre cuida del Niño, pero parece como si mi Niño fuese cuidando de la Madre.

Cuando el chisme se cambia de luz roja por la verde, pasan los dos ante las fauces chatas y como contenidas de los autobuses. Y llegan al número 6 de la calle Sinaí.

Sara tiene los ojos hundidos y secos. Toda ella está seca, como una caña madura que sólo espera la mano que la arranque. Habla con voz delgada y como sorda. De vez en cuando, sus ojos resbalan por las cosas y hay en ellos un llanto sin lágrimas, un imposible llanto.

(La cómoda donde aún está la ropa; la hamaca, plegada, que tuvo dos años su cuerpo; los vasos de cristal barato donde Siquem bebía; el espejo, cubierto con una gasa para evitar que Siquem viese su rostro descarnado...).

Madre le habla, le dice cosas corrientes -el frío, el calor, la cosecha, la subida de la vida...- para que Sara baje del recuerdo y respire un poco. Y le habla también de la esperanza, de la vida que sólo se detiene, del amor de Dios...

Sara dice que sí y quiere sonreír. Y esta sonrisa impresiona a mi Niño. Porque Sara va a querer sonreír aunque ya está sola hasta la muerte.

Mi Niño mira a Madre y se le acongoja el espíritu. ¿Morirá Madre antes que Él? ¿Conocerá, entonces, el duro, el agrio sabor de la soledad? Mi Niño intuye que Alguien debe sentir en su Corazón la soledad de las madres, que se quedan sin hijos, la soledad de todos los que están solos y tienen que sonreír. Y, no sabe por qué, mi Niño siente que la mitad de su Gloria estará siempre reservada para aquellos que se ahogan en la soledad.

III. EL DOLOR

SARA les acompaña hasta la puerta, les ha ofrecido un poco de zumo de uvas y galletas, ya endurecidas. Y se vuelve dentro.

Madre y mi Niño van por la acera.

-Madre, ¿por qué sonrías?

-Hijo, sonrío por el Dolor.

-Madre, el dolor, ¿qué es?

-Hijo, el dolor es la soledad.

-Madre, ¿para qué el Dolor?

-Hijo, para el camino.

-Madre, ¿no hay más camino?

-Hijo, no hay más camino.

-Madre, ¿el Dolor es bueno?

Madre se detiene, se separa de mi Niño para verle bien, como con ojos distintos, ahora no ojos de Madre, sino ojos de mujer. Tiene la mirada con lágrimas y el rostro muy tenso, pero los labios hermosamente sonreídos.

Las palabras de mi Niño han electrizado la tarde, la han iluminado como un relámpago dejándola hecha totalmente claridad:

-Madre, ¿el Dolor es bueno?

-Hijo, Tú eres Bueno, Tú eres el Camino, Tú eres la Soledad de este mundo.
Y mi Niño se queda asustado. Porque ha visto, de pronto, que en el corazón de Madre está todo, todo el Dolor de este mundo. Porque Madre tiene el corazón lleno del Dolor de los hombres y del Dolor de Dios.
Madre, sonreída.

LECCIONES DE COSAS

Pequeño Diccionario, escrito en el corazón de Madre, para que mi Niño sepa las cosas.

AGUA En el río, libertad. En el odre, libertad renunciada. Muchos de los tuyos, Hijo, renunciarán al camino del agua y estarán en tus odres.

ALACRANES Están debajo de las piedras, siempre como rabiosos. Están debajo de la piel de los hombres con su ira sin sentido. Te esperan.

ÁNGELES Las manos de Dios.

ÁRBOL Hijo, ¿cuándo has bendecido a los árboles que no me he enterado? ¿Cuándo les dijiste que te buscaran? ¿Sabes que muchos hombres estarán así, con vocación de árbol, dispuestos a dar sombra a otros hombres y nido a los pájaros? ¿Sabes que, por dar, hasta darán la madera para el día en que tu Dolor alumbre la Alegría del mundo?

BOSQUE Hijo, el bosque son hombres de pie. Hijo, conmigo; no vayas al bosque.

CABALLO Si tiene alas, Hijo, se llama Tristeza. Si tiene la crin blanca, se llama Caballo Bonito.

CÁLIZ ¡Hijo, no! ¡Aún no!

CIUDAD La ciudad es el ruido de los hombres. De los hombres que ya no saben hablar. Que no saben hablar con nosotros.

CORAZÓN Dureza que tienen los hombres en el mismo sitio donde Tú y yo les tenemos guardada la fe.

GORRIÓN El gorrión es para que suene la ventana, para que se oiga el árbol.

HIERBA La humildad, Niño mío. Y la alegría de los que no quieren ser más.

HOMBRE Esto es mejor que me lo expliques Tú a mí. Yo no lo entiendo. ¿Por qué amas tanto al Hombre? ¿Por qué eres Tú mismo Hombre?

JOSÉ MARÍA Hombre con muchos niñitos que escribe estas cosas en los papeles. Hombre que quisiera ser árbol: dar fruto y sombra y crecer de abajo a arriba. Hombre.

LAGARTO ¿Lo ves, Hijo, sobre las piedras de la tapia? ¿Los ves, al sol, palpitanes y

como dormidos? Son los poderosos del mundo, con los ojos cerrados, sin vernos.

LÁMPARA La lámpara es mi insomnio, la señal de mi vela. Es mi espera de tu hora primera y amarga y de tu hora segunda y gloriosa. Mi insomnio.

LIBRO Cuando las palabras se mueren, Hijo, las entierran en un libro. Los libros, Hijo, nos traen el recuerdo.

LUNA Es el reloj para la noche, el candil para tus pasos, la caridad, el ojo derecho de Moisés, la puerta de la oscuridad, el camino de los hombres solos.

LLUVIA La lluvia es para que no salgas de casa, para que no te vayas a jugar, para que estés conmigo. La lluvia es para peinar mi alegría de verte junto a mí.

MADRE ¡Ay, mi Niño! ¡Pero qué misterio tan grandísimo! Madre es amarte sin medida no sólo porque seas Dios, sino también porque eres Niño. No sólo porque seas panecillo de mi harina, sino porque eres tan pequeño. No sólo porque eres tan guapo, sino porque algunas veces lloras. Porque necesitas amor, manos que te cambien los pañales, cucharita para la papilla, pezón para tu hambre, sonrisa para tu llanto, cuentos para tu sueño. Madre es dar todo y no esperar nada. Madre... Hijo, a veces, pensando en lo que nos quiere, pienso que el Padre tiene corazón de Madre.

MANOS Hijo, las manos son cuenco para el dolor. Trae tus manos, acaríciame con ellas, y dí que se haga la luz en mi rostro.

MAR El mar es grande, Hijo, como una gran gota de lluvia. El mar es el llanto de los justos que no te han conocido y que no te verán. El mar es el ruido que hay dentro de la caracola.

MARIPOSAS Las mariposas, Hijo, son para la luz. Las mariposas, Hijo, son los salmos del día para cantarte a Ti, Tallo de mi Primavera.

MOSCAS No quiero a las moscas, Hijo, que entran bajo la gasa de tu cuna y te despiertan. ¡Mira que torear a Ti, ellas, siervas de la muerte; a Ti, dueño de nuestra Vida!

NUBE Las nubes son para que mi corazón se angustie. Las nubes son para que tengamos más deseos de ver, mañana, el cielo azul.

OASIS José. Oasis con pan y agua y alegría.

OJOS ¿Qué ojos, mi Niño? ¿Los tuyos? ¡La gracia para el mundo! ¿Los míos? Hambre, Hijo, hambre de tu alegría.

PALOMAS Son el reloj para la hora de comer. Son la paz de las siestas de Mayo. Son el murmullo de mi Amor que te zurea a Ti, Niñito.

PECADO No sé.

PERRO Como el Dolor, Hijo, siempre fiel detrás de nosotros. Lamiendo nuestras heridas. Haciéndonos más capaces para la ternura.

QUESO La merienda que te gusta más.

RISA En tu garganta, Hijo, la risa es como una fuentecita. Tu risa es el agua que refresca las frentes de los niños y aleja a los lobos del bosque.

SILENCIO Lo que Tú eres. Lo que a mí me gusta cuando estás conmigo. Lo que los hombres no saben qué es.

SOL El sol, mi Niño, es un fuego celoso de Ti. El sol, mi Niño, está hambriento de estrellas.

TIEMPO El tiempo sirve, Hijo, para que tenga sentido la Esperanza.

TIERRA Hijo, la tierra es para que Dios te ponga a Ti, Semillita del mundo. La tierra es para darte brasa y viento, hielo y tajo. Y luego, Tú, Espiga.

TRUENO No te asustes, mi Hijo, cuando retumbe el trueno. Es sólo para que vengas a mis brazos.

VIDA Esto que te late en las sienes, mi Niñito: tu sonreír y tus brazos. Y esto que me duele cada vez que tardas.

VIENTO El aliento del mundo para tu calor. El abanico de las montañas para tu frío.

LA POESÍA NUESTRA DE CADA DÍA DÍNOSLA HOY

I

A POR HIERBA FRESCA

Madre le dijo a mi Niño que fuese al prado comunal y trajese hierba para el Cordero Pascual que había enviado tía Sara desde Ain-Karim.

Cuando sintió los pasos de regreso de mi Niño, Madre salió a la puerta. Mi Niño venía, gloriosamente vegetal, oliendo a humedad y a rocío, a luna y a primavera, a río y a serenidad.

Entraron juntos al patio, donde balaba suelto el corderillo, más bien poquita cosa, de tía Sara.

Mi Niño comenzó a ponerle la hierba, mientras el cordero se estremecía de gula ansiosísima.

De pronto, Madre dio un grito y se quedó pálida, como la leche. En el cáliz de una amapola, en las manitas mismas de mi Niño, un pequeño alacrán erguía la amenazante cola furiosa. Madre cogió en sus manos al alacrán y lo arrojó corriendo a la lumbre.

Mi Niño la miraba asombrado. Madre le abrazó fuerte, muy fuerte. Y el color le volvió a las mejillas suaves.

Mi Niño estaba tan loquito jugando que ni se dio cuenta de que la tarde acababa de morir

como el pábilo de una vela antigua. Y la noche sorprendió a mi Niño en la oscuridad turbada de faroleros distraídos.

II

ROBADOR DE NOCHES

Madre salió a la puerta, preocupada, y atravesó la tiniebla con la llamada vivísima de sus ojos. Por un momento no vio sino una noche que había devorado al Amanecer del mundo. Luego sonrió. Escuchó los pasitos de Don Amanecer que venía, el muy cuco, trayendo un pedazo de noche sin deshacer; ¡vaya boquete de luz que había dejado en el techo del mundo!

Madre abrazó a mi Niño.

-Pero Hijo, Hijito, ¿no sabes que Madre estaba angustiada y que la noche estaba dentro, también, de mí? ¿Qué traes ahí?

-Nada, Madre, un pedazo de sombra.

-¡Anda, tunante, ponla otra vez en el cielo! ¡Como se entere tu Padre...!

III

CON TÍO JACOB, A ACEITUNAR

Mi Niño dijo por la noche, antes de que Madre diera un soplo al candil de la cocina y comenzara la noche oficialmente en todo el mundo:

-Mañana, Madre, llámame cuando amanezca. Voy a ir con tío Jacob a aceitunar.

Todavía es de noche cuando Madre entra en el cuarto de mi Niño, ya lavada y peinada y fresca como una rosa de Alejandría, colorada de noche, blanca de día:

-¡Hala, mi Niño! ¡Ya amanece!

Mi Niño se da una vuelta en la cama, hecho puro sueño; luego se sienta bruscamente sobre el colchón y abre los ojos.

Amaneció.

Madre le acompaña hasta la puerta, con el candil en la mano.

-Ten cuidado, hijo; ten cuidado con los alacranes, con los cardos, con el frío, con el mundo... Ten cuidado, Amor...

Mi Niño dice que bueno.

En el carro del tío Jacob llegan al olivar. Y mi Niño quiere ponerse en seguida al trabajo, en la madrugada endurecida.

Al poco rato viene corriendo a calentar los dedos entumecidos en la hoguera, dando tiritones. Y se acuerda de lo que dijo Madre:

-... ten cuidado con los cardos, con el frío...

Madre siempre tiene una sabiduría prudente y acogedora como un hogar con muchos niños. ¡Frío, maldito frío, rufián, traidor, que has entumecido los dedos de mi Niño chiquito! ¿No sabes que estos dedos son los rayos que entibian el mundo?

IV

LA ALBAHACA

Madre tiene en la ventana un tiestecillo con albahaca que perfuma toda la calle. Todas las noches lo riega y la albahaca, agradecida, huele más y mejor.

Un día, mi Niño cortó una ramita de la albahaca.

Madre casi se enfada.

-¡Niño! ¿Por qué has cortado...?

Pero luego se calla, porque mi Niño viene con la ramita en la mano, gravemente, y la pone en el escote de Madre.

Y ya, toda la albahaca huele a Madre.

V

EL ROMANO

El romano pasó por la calle en sus ocho caballos. Las llantas metálicas levantaban chispas del pedernal de los guijarros. Los hombres del pueblo miraron pensativos, cetrinos, hondos.

-¡Un romano!

-¡Extranjero!

-¡Turista!

El romano ha comprado la finca abandonada de Elíseo y ha hecho una piscina y ha puesto aire acondicionado. Cuando se enfada dice:

-¡Per Bacco! -o algo así. Eso dicen los chismosos, por lo menos. Tiene una cuenta corriente en el Jewely Bank llenita de talentos y, en su casa, una tremenda melancolía para él solo. No hay derecho.

Mi Niño, cuando pasa el romano, admira los ocho caballos briosos del carro. Y dice adiós al hombre, con la mano.

Un día, el romano paró el carro, se bajó y le dio a mi Niño un kilo de caramelos. Mi Niño le dio al romano una razón para vivir en la alegría.

VI

LA HOZ Y LA LUNA

Desde la puerta, mientras come almendras saladas de merendilla, mi Niño ve pasar a los segadores que vuelven al pueblo, de regreso del campo de Esaú.

-¡Adiós! -dice el Niño. Porque le gustan los segadores, con su pavero en la cabeza, su faja encarnada en la cintura, sus pantalones de pana y su muñequera y su dedil de cuero.

-¡Adiós, Niño! -dicen los segadores como un solo segador.

Llevan las hoces en las manos, dándole cortes al aire, como si segasen malos pensamientos. Y las hoces curvas brillan en la noche, un poco amenazantes, como veintitrés lunas brotadas al crepúsculo. Mi Niño se acuerda, sí, de la Luna. Luego, cuando sale la Luna pícara sobre los cerros y se queda un momento sentada en el horizonte como si descansara, y luego coge impulso y brinca como una raja de pelota, mi Niño se acuerda de las hoces.

Se le ocurre que el filo de la Luna debe segar, sobre la noche, el rastro de las estrellas. Para que el sol, luego, no encuentre sus pistas.

VII

EL CAMELLO Y EL CABALLO

-Madre, ¿por qué el caballo no tiene joroba como el camello? Madre, ¿por qué el camello no tiene el lomo liso para sentarse los niños, como el caballo?

Madre no sabe qué decir. ¡Hace tantas preguntas mi Niño!

-Madre, ¿es verdad que el camello se pasa muchos días sin beber? Madre, ¿es verdad que el caballo corre más que el viento?

Madre se ríe y le dice al Niño que le traiga el carrete que está en el patio, sobre la sillita.

-Madre, ¿por qué el caballo es hermoso y el camello es feo y sucio?

Y a Madre se le ocurre decir:

-Hijo, el camello es un caballo huérfano.

Mi Niño la mira. No entiende. Pero resulta que Madre tampoco lo entiende. (¡Ay, qué mareo de Niño!).

En vista de eso, después de bien miraditos, se echan a reír al mismo tiempo.

VIII

EN EL TALLER

El día en que mi Niño se metió en la boca un trozo de cola, creyéndose que era «chicle» americano de la U.S. Navy, a José le entró risa. Pero luego mi Niño aprendió todas las cosas.

-¡Niño, la garlopa! -¡Niño, el serrucho!

-¡Niño, el compás! -¡Niño, el berbiquí!

Y mi Niño va y viene con las cosas, más contento que unas pascuas, porque Madre le ha dicho:

-Hijito, me gusta que ayudes a papá.

Pero mi Niño bien claro que se lo ha dicho al Carpintero:

-Si yo fuese tú, no hacía barriles, ni ruedas, ni sillas. Hacía sólo carritos de juguete-. Tantas veces lo dijo que, a ver, José le tuvo que hacer un carrito de juguete. Ahora, en el taller que huele a chopo, a cedro, a nogal fresco y umbroso, mi Niño juega a cargar de taquitos su carro de juguete. Y cuando José sierra un listón, le dice muy serio, con los ojos abiertos, preciosos:

-Anda, sierra de prisa para que caiga ese taquito que sobra.

Y es qué, las cosas como son, mi Niño ayuda mucho a José.

IX

NIÑOS SUCIOS

Efraím es un niño cochino que no se lava nunca. No es que sea negro, pues; es que no se lava, ya está. Parece un demonio.

Cuando Madre lava a mi Niño con el estropajo y el jabón, y le frota el cuerpecito con fuerza, y luego le entra la lendrera, vigorosamente, y le da petróleo en el pelo, por si eso, mi Niño lloriquea un poco, mimosillo.

-¿Quieres parecerte a Efraím, el niño sucio? -dice Madre sonriente.

Y mi Niño se está quieto. No; Él no. Él es la blancura de este mundo.

X

LA CIGÜEÑA

La torre, en realidad, se acaba en la cigüeña, que es el índice de la altura. La cigüeña tiene hijos pelochos con feas cabezotas graciosas, abiertos siempre los picos porque tragan más que uno que yo me sé.

La cigüeña, a mi Niño, le recuerda Egipto, sólo que allí la llaman ibis, que parece nombre de jarabe.

El día de San Blas -«la cigüeña verás»- mi Niño se pone las alpargatas nuevas y se va al cerro de los Tres Robles. Se sienta sobre una piedra y espera. Cuando llega la primera cigüeña dice: «¡Hola!», y baja corriendo a casa.

-Madre -dice-, abre la ventana que viene la Primavera.

-Hijo -dice Madre hecha un manantial de risa y ternura-, pero ¿no sabes que mi Primavera empieza cada añito el 24 de diciembre?

La cigüeña, arriba, encoge una pata para estar a gusto y ponerle triángulo a una nube.

XI

DÍA DE LAVAR

Madre fue a lavar al arroyo: llevaba una pastilla de jabón de las de seis pesetas, la tabla de lavar y un cesto grande a la cabeza, con la ropa. Madre, marchando así al arroyo, está más gloriosamente hermosa.

A mediodía, mi Niño va a llevarle la comida. Él comió con José, los dos solos, la casa vacía sin ella. Así, pues, ahora está sentado ante ella, viéndola comer. Madre parece que mastica rosas. Quién diría, viéndola, que comer resulta tan vulgar.

Mi Niño se cansa de mirar y va hacia el arroyo. Las mujeres lavan con fuertes golpes a la ropa y charlan entre sí del dinero que está haciendo Izaam con la tienda de ultramarinos.

La ropa, puesta a secar sobre la hierba de la ladera, es como mil gritos al sol.

Madre vuelve a su sitio; se inclina; lava. Su espalda, curvada, tensa, parece un arco que disparara no sé qué remoto suspiro. Mi Niño siente como pena:

-¿Te ayudo, Madre?

XII

EL REO Y LA CRUZ

Cogieron a Absalón, el ladrón de ovejas. Dicen que mató a un hombre, allá por el Tiberíades. El pueblo está revuelto y todo son grupos en las esquinas. A la tarde, hay un rumor vivo. Absalón viene calle adelante, roto, malencarado, zaheño, hosco. Lleva la cruz sobre un hombro. Sobre ella le colgarán. Relucen, en su torno, los cascos de los romanos.

Mi Niño, que está en su esquinita, le ve pasar. Y algo como un pasmo, un escalofrío, un presentimiento, le deja el alma fatigada y sola.

Madre se asoma a la puerta, con los ojos nublados por no sé qué amenaza. Corre hacia el Niño y le aprieta contra sí, mientras le conduce a la casa.

-No, mi Niño, aún no...

XIII

EL OLIVO

-Madre, el olivo es feo...

-No, hijo: el olivo es hermoso porque da su fruto, su aceite y su madera. Y un día, Hijo, dará el signo de la alegría.

-Madre, me gusta el olivo.

XIV PASADO, PORVENIR, PRESENTE

Mi niño juega en la calle con dos chavales. Y de pronto se queda quieto.

-Ahora vengo -dice a los chicos. Y corre hacia la casa, hacia el patio donde Madre cose cantando.

-Madre, ¿qué es mañana?

-Una esperanza para Ti, Hijo.

-¿Y ayer, Madre, qué es?

-Ayer es el recuerdo de lo que jugaste.

-Y hoy, Madre, ¿qué es hoy?

-Hoy es la alegría, Hijo. Mi alegría de que seas Niño, de que aún seas mío, de que mañana esté lejos y ayer ya no importe.

-Madre, me gusta ser hoy. Madre, me voy a jugar. Para merendar quiero higos, Madre.

Y se va corriendo.

XV PAN CALIENTE Y HORNEADO

Cada dos semanas, Madre hace pan. José y mi Niño van a por taramas y las prenden dentro del horno. Luego, Madre, con un hierro curvo, saca las brasas y las cenizas y aún pasa un paño húmedo, sobre el ardiente piso del horno. Después, con la pala, va metiendo los panes, quince, bien tibios y mezclados con la leuda y guardados bajo una manta.

Bueno, quince panes y una rosca con un huevo, para mi Niño, que para eso es el Rey de la casa, el capullo de María, la Alegría del mundo, la Hermosura de los cielos.

A mi Niño le encanta; le parece que los días del pan son como fiesta. El trigo bueno, piensa, la buena lluvia, la buena tierra, el buen sol. Y ahora...

Cerrada la puerta del horno, hay que esperar: cuando Madre la abre, la casa se llena del olor íntimo, intenso, cálido del pan recién hecho.

Jesús coge su rosca. ¡Casi se quema! ¿Ves, Niño? No seas impaciente. El viento, que andaba distraído por las higueras, viene un momento y sopla -como es su obligación- para que mi Niño no se queme.

Luego, mi Niño parte gravemente el pan. Y les da, en la boca, un trozo a Madre, un trozo a José. ¡Qué bien sabe el pan de mi Niño!

XVI LA PRIMERA ESTRELLA

Cuando llega un cablegrama desde Nueva York reclamándolo, el Jefe de Policía Astral le dice al Sol que vaya corriendo a América, porque allí «Time is money».

El Sol, gordo y algo pánfilo, coge los trastos de la luz y se va. Antes, pone un poquito de oro en el pelo de mi Niño que está estudiando la Geografía. Y luego, ya digo, se va Don Sol.

Entonces viene Doña Tarde, que es algo así como el ujier de la Noche.

-¡Pum, pum! -hace, como si golpease el suelo con el bastón del Silencio-. ¡Que viene Doña Noche!

Y viene Doña Noche. El primer síntoma, sólo que no es grave, es la Primera Estrella. Me

parece que los hombres la llaman Venus, con su manía de regatearle el precio a Dios, como si debiera regatearse a quien regala.

XVII

LA TRISTEZA

Madre tiene la tristeza guardada en un arca, en la troje, debajo de tres maletas antiguas, de las que llevó a Egipto.

Madre sabe que un día, mi Niño, jugando, subirá a la troje, abrirá el arca y descubrirá la Tristeza que ella le ha escondido tantos años.

XVIII

IMAGEN EN EL AGUA

Cada vez que se asoma al agua, el agua se estremece de reflejar la imagen de mi Niño. Por debajo de su piel le corren al agua escalofríos de peces, de algas, de arenas inquietas.

Cada vez que se asoma mi Niño.

XIX

GUAPO

A las ocho, Madre llama a mi Niño:

-¡Levanta, Amor mío!

Mi Niño tarda un poco, porque las mañanitas de abril, sí, desde luego, son dulces de dormir. Pero, ¿dónde dejan ustedes las de diciembre, marzo, agosto, etc., eh?

Madre pone a mi Niño un pantalón blanco y limpio, una camisa de rayitas azules y unos calcetines blancos, luego le lava y le peina. Después, se le pone delante. Digo yo si será para servir de espejo. Pero ea, lo que hace Madre es derretirse de emoción mirando a mi Niño. Y es entonces una madre como todas las madres:

-¡Hijo, pero qué guapísimo eres!

Dios, desde arriba, dice que sí con la cabeza.

XX

A LA ESCUELA

Limpio, que da gusto verle, va mi Niño a la escuela. Con su cartera a la espalda y, en ella, el cartabón, el bolígrafo y el libro de la Aritmética.

La gente se para a mirarle y se olvida de que va a la farmacia o al Banco.

-¿Quién es ese Niño?

Ay, mi Niño, que no te conocen, que no saben quién eres, y tú entre ellos sólo quieres ser eso: -El hijo del carpintero, José, el que vive en el Barrio de los Artesanos...

¿Sólo eso, mi Niño, sólo eso? Pero Él sigue, sonriendo, hasta la escuela. El maestro espera a la puerta y cuando llega el último chiquillo que dice que ha tenido que ir a por la leche, y por eso, empieza la lección.

-¡A ver, escribir! El maestro dicta.

-Si un hombre tiene seis gallinas y viene un pobre y le da dos para que cene, ¿cuántas

gallinas le quedan?

¡Si lo viera el Maestro! ¡Si lo viera lo que ha escrito mi Niño! Mi Niño ha escrito:

-Le quedan mil gallinas; cuatro, abajo; novecientas noventa y seis, en la Casa del Padre.

NUEVAS LETANÍAS A LA MADRE

Señora:

Tú pudiste elegir. Te dieron a elegir los títulos más solemnes, más teológicos, más trascendentales, más hondos, más altos, más bonitos, más sonoros, más rítmicos.

Gracias, Señora, porque elegiste el título sencillo y limpio de «Madre», y porque gracias a él podemos llevarte en el corazón. En nuestro pequeño corazón humano apenas caben los otros títulos que Dios te ha dado, Serenísima Alteza de las Altas Cosas, Escudriñadora de Misterios, Emperatriz de los Ángeles Vestidos de Azul y de Blanco. Pero cabe, justo, a la medida, tu hermoso nombre de «Madre», para el que tú dijiste: «Hágase en mí según tu palabra».

Si tú estuvieras arriba, en el sillón blando de una nube, estaríamos desesperados de soledad. Pero estás entre nosotros y puedes escuchar una oración que nos crece como un árbol; hacia arriba, en las ramas y hojas de los piropos; hacia abajo, en la raíz de un amor que queremos cada vez más hondo. Por eso puedes escuchar nuestra Letanía de las Cosas Pequeñas. Y déjanos darte gracias, porque has ocultado estas cosas a los sabios y poderosos y las has revelado a los humildes y pequeños.

Señor Padre, escúchanos;

Cristo Niño, escúchanos;

Señor Padre, óyenos;

Padre de los Cielos, mira que somos pequeños;

Hijo Jesús Redentor, mira que somos pequeños;

Espíritu Santo del Amor, mira que somos pequeños;

Tres en Uno porque os amáis, mira que somos pequeños.

Señora del Agua, que seamos limpios;

Hierba para que tu Hijo pise, que seamos humildes;

Árbol para estar junto al camino, dando sombra y sin pedir nada, mira qué necesitamos;

Reina de Corazones, danos corazón;

Lengua de los Pájaros, danos tu música;

Libro abierto, danos sabiduría;

Lámpara del mundo, déjanos andar en Luz;

Luna para los hijos de la noche, danos tu caridad azul;

Lluvia para las tierras secas, da frescura a nuestra alma;

Manos para la fiebre, da caricia a nuestra fiebre;

Nube para el mediodía, danos sombra compasiva;

Señora del Mar, danos sal que evita la corrupción;

Ojos para la vista, ten piedad de los ciegos;

Color de las Mariposas, haznos de viento y sol;

Oasis de caminantes, danos naranjas;

Envidia de Paloma, haznos blancos;

Garganta de Risa Fresca, déjanos sonreír;

Sol contra Tinieblas, déjanos la sombra;

Mediodía del Tiempo, adelanta nuestros Relojes;
 Avergonzadora de Tormentas, no nos dejes con miedo;
 Vida que se Renueva, no nos dejes morir a Cristo.

Y déjanos, Señora, decirte la Letanía de las Cosas Pequeñas, ya que te hemos dado los títulos solemnes que te regaló el Padre. Déjanos aprender a rezarte en la rutina de cada día, en el cuarto, en los libros, en las calles con autobuses y en el hogar con niños. Déjanos decirte:

Por tus manos con frío, ruega por nosotros;
 Por tus manos enrojecidas, ruega por nosotros;
 Por tus manos sin crema, ruega por nosotros;
 Por tus manos activas, ruega por nosotros;
 Por tus uñas rotas en el trabajo, ruega por nosotros;
 Por el anillo que empeñaste, ruega por nosotros;
 Por las pulseras que no has tenido, ruega por nosotros;
 Por tu cuello sin adornos, ruega por nosotros;
 Por tu cabello sencillo, ruega por nosotros;
 Por tus ojos rientes y profundos, ruega por nosotros;
 Por tus dedos pinchados de agujas, ruega por nosotros;
 Por tus pies descalzos, ruega por nosotros;
 Por el cansancio del día, ruega por nosotros;
 Por lo que has lavado, ruega por nosotros;
 Por lo que has cosido, ruega por nosotros;
 Por lo que has amasado, ruega por nosotros;
 Por lo que has guisado, ruega por nosotros;
 Por lo que has dormido, ruega por nosotros;
 Por lo que has amado, ruega por nosotros;
 Por lo que has sonreído, ruega por nosotros;
 Por lo que has soñado, ruega por nosotros;
 Por lo que has sufrido, ruega por nosotros;
 Porque no te han dicho adiós, ruega por nosotros;
 Porque no te han conocido, ruega por nosotros;
 Por lo que has callado, ruega por nosotros;
 Por lo que has temido, ruega por nosotros.

Porque hoy no hizo sol, gracias, Señora;
 Porque el día estuvo gris, gracias, Señora;
 Porque emigraron los pájaros, gracias, Señora;
 Porque fuiste por agua cuatro veces, gracias, Señora;
 Porque te dolían los ojos, gracias, Señora;
 Porque te dolía el alma, gracias, Señora;
 Porque tu Hijo ha crecido y temes, gracias, Señora;
 Porque José trabajó tanto, gracias, Señora;
 Porque no tienes vacaciones, gracias, Señora;
 Porque gana poco, gracias, Señora;
 Porque no cobra puntos, gracias, Señora;

Porque carecéis de todo, gracias, Señora;
 Porque sois pobres, gracias, Señora;
 Porque sonreís a las gentes, gracias, Señora;
 Porque repartís con los mendigos, gracias, Señora;
 Porque estás cansada de hacer jerseys, gracias, Señora;
 Porque el Niño necesita sandalias, gracias, Señora;
 Porque has cantado, pese a todo, gracias, Señora;
 Porque, pese a todo, has dado gracias, gracias, Señora;
 Porque eres manantial de ternura, gracias, Señora;
 Porque amas sin pedir a cambio, gracias, Señora;
 Porque seguro que no sabes amar, gracias, Señora;
 Porque dices: «Está bien», gracias, Señora.

Pero te damos gracias, Señora, sobre todo, porque eres Madre, y tan Madre, tan Madre, que no te bastaba con ser la Madre de Dios y has querido ser la Madre de todos nosotros, y ser espejo para que en él se miren las Madres nuestras y para que todas las niñas sepan ser Madres y tener un Corazón grande que dar generoso a muchos hijos, y darles una ternura semejante a la que tú dabas, aunque nunca sea tanta ni tan pura: Te damos gracias, Madre, porque en ti seguirán viviendo nuestras Madres cuando tú las llames contigo. Porque en ti tendremos siempre unos brazos que amparen nuestras lágrimas y tu pañuelo secará nuestros ojos, y tu sonrisa nos volverá a la vida. Porque, cuando nos asusten los truenos de este mundo, podamos acudir al refugio de tu regazo y escuchar tus palabras de ánimo. Porque cuando estemos solos, tú nos darás diálogo y calor íntimo.

Te damos gracias, Madre, porque has hecho que te necesitemos, y siendo Madre, das confianza para que pidamos con certeza. Y te damos gracias por lo que no nos conceden, a nosotros, niños mal criados, siempre pidiendo para nosotros; porque eres justa y sabes que has de dar a todos, y a cada uno según necesita de veras.

Gracias, Madre, sobre todo, porque nos has dado a Jesús para nuestro juego, nuestro sueño, nuestro tiempo y nuestra alegría. Porque sin ti no hubiésemos tenido Hermano Mayor que nos llevara de la mano cuando nos perdemos en los bosques. Porque su Mano es tan grande, tan fuerte, tan cálida, que en ella se ahoga nuestro susto y de ella brota el calor penetrante de la Fe.

Te damos gracias y te pedimos que nos enseñes a decir a Cristo, sonrientes: «Hágase». Amén.

EPÍLOGO

ORACIÓN DE UN PADRE DE FAMILIA A SAN JOSÉ

Cuando llego a casa, por la noche, y me siento, y cierro los ojos doloridos, y me quite los zapatos para dar respiro a mis pies hinchados de andar.

Cuando he entrado en la habitación de los niños, y he comprobado su sueño tranquilo, y he sentido el hondo deseo de despertarlos -Pablo, Pedro, Santiago, Milagros, Juan, Inmaculada, Maricruz, María de las Gracias...- y he apagado de nuevo la luz, y he salido del

cuarto sin hacer ruido.

Cuando he encendido la radio, y he escuchado eso de que suben los salarios, y de que se ha inaugurado otro embalse, y de que una muchacha ha aparecido muerta, y que el Politburó se ha reunido, y también el Congreso americano.

Cuando apago la radio, fastidiado, y he escuchado el cansado andar de mi esposa, preparando la cena, y no tengo deseos de abrir un libro...

Encima de la repisa estás tú, José, hecho una lástima, de tan viejecito, cuando la verdad es que tú nunca fuiste anciano. Y te miro, y te veo, maduro y fuerte, entrañable y serio, silencioso y atento, manzanal y profundo.

Te rezo, José. Te rezo cuando llega el filo de la noche. Te rezo para que yo sea como tú, para que todos seamos como tú, maduros y profundos. Para que la sombra que nos toma cansados, nos halle silenciosamente alegres, vitalmente llenos de tu octavo dolor y tu octavo gozo: la fatiga de tus músculos de carpintero y el éxtasis de respirar el aire que Jesús ya ha respirado.

Y de decir sencillamente a lo Alto: «Señor, ya acabé este día tuyo. Trabajé para que Él y Ella comieran y vistieran. Sudé para que Ellos sigan adelante. Oré todas las horas del día con la plegaria de mi cepillo, mi sierra y mi garlopa que a ti te han sonado mejor que tus músicas todas. Acabé este día, cansado y sereno. Velé por Ellos, como vela el árbol sobre su propia sombra. Les sonreí para que no vieran mi cansancio. Conté a Jesús, de nuevo, la historia de los magos, que vinieron de lejos. Viví, sufrí, sonreí, acuné los sueños de mi Hijo Niño y mi Esposa Niña y fabriqué para Él una cruz de madera. Estuve junto a Ellos, como la hiedra en el muro. Ni siquiera di olor; tal vez ni siquiera di flor. Sencillamente estuve, como era tu deseo. Sólo se oía mi sierra. Mis palabras fueron pocas y dulces. Acompañé su espera de mañana y gocé inmensamente tan sólo con verlos. Tan sólo con estar. Renové en cada hora el gozo y el dolor de esta extraña y hermosa paternidad mía, que se ha extendido desde Ellos a los hombres del mundo entero. Pues bien. Te doy gracias, Yahvé... ».

Cuando cierro los ojos, frente a la horrenda litografía que convierte en vejez tu hermosa vitalidad, repito contigo y para ti y para Él las palabras de tu oración. Y quiero, como tú, tener alas anchas para dar sombra a los míos, y para sonreír todas mis renunciaciones, y para comprender que es esto, es esta fatiga y esta serenidad ansiada lo que está como premio, José, al filo de la noche.

Mientras oigo los pasos entrañables de mi mujer, y su trasteo en la cocina, y enciendo el penúltimo cigarrillo del día. Mientras se me va la fatiga y se me queda el alma, antes sola, ahora acompañada y recia.

ORACIÓN

Que el Dios chiquillo lleve a tu vida la alegría y la paz y el amor. Que el aro, y el tren, y la prisa, y los hombres, y las cosas, y la vida, sean en tu mano juguetes, sólo juguetes. Para que tu espíritu sólo esté en el Chaval de Belén y sean limpios tus ojos. A la manera de un niño.